



[...] parecería que mi padre, José Luis Martínez, más que escritor y funcionario, siempre fue un editor: de libros, revistas, textos breves, documentos, cartas, diarios... Como si la tarea fundamental de su vida estuviera contenida en el lema *Tolle lege*, “Toma y lee”, que nos legó san Agustín, fundamental para cualquier mexicano que busca resolver la crisis política, moral, cultural que vive el país, que en última instancia es una crisis de lectura, de incapacidad para tener presente el legado que nos van dejando los hombres más sabios y generosos que nos antecedieron.

Rodrigo Martínez Baracs



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO



Rodrigo Martínez Baracs

Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua



Rodrigo Martínez Baracs

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ,
EDITOR

Discurso de ingreso a la
Academia Mexicana de la Lengua
25 de febrero 2020

Respuesta de
Ascensión Hernández Triviño

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA







JOSÉ LUIS MARTÍNEZ,
EDITOR

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Rodrigo Martínez Baracs

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ,
EDITOR

Discurso de ingreso a la
Academia Mexicana de la Lengua
25 de febrero de 2020

Respuesta de
Ascensión Hernández Triviño



Universidad Nacional
Autónoma de México

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



México 2021

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas
Nombres: Martínez Baracs, Rodrigo, autor. | León-Portilla, Ascensión H. de (Ascensión Hernández).
Título: José Luis Martínez, editor : discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 25 de febrero de 2020 / Rodrigo Martínez Baracs ; respuesta de Ascensión Hernández Triviño.
Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México : Academia Mexicana de la Lengua, 2021.
Identificadores: LIBRUNAM 2093064 | ISBN (UNAM) 978-607-30-4173-7 | ISBN (AML) 978-607-98946-9-6.
Temas: Academia Mexicana de la Lengua (2001-). | Español -- S ciudades, etc. | Discursos mexicanos.
Clasificación: LCC PC4018.M368 2021 | DDC 463--dc23

Primera edición: 22 de enero de 2021

D.R. © 2021 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
www.libros.unam.mx
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA A. C.
Donceles 66, Centro Histórico, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06010,
Ciudad de México

ISBN: 978-607-97427-5-1 (colección AML)
ISBN: 978-607-98946-9-6 (AML)
ISBN: 978-607-02-4834-4 (colección UNAM)
ISBN: 978-607-30-4173-7 (UNAM)

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Impreso y hecho en México

Don Gonzalo Celorio, director de la Academia Mexicana de la Lengua,
Don Adolfo Castañón, secretario de la Academia,
Ilustres miembros de la Mesa Directiva de la Academia,
Muy queridos y admirados académicos,
Amigos todos.

Es difícil para mí expresar el cúmulo de emociones que se me arremolinan al pararme aquí, a la mitad del foro, pero arropado por ustedes, ingresando a la Academia Mexicana de la Lengua, por el inmenso honor que significa para cualquiera que se ensaya en el ejercicio de la lengua, escrita y leída, hablada y oída.

Es grande mi agradecimiento a don Gonzalo y a don Adolfo, y a todos los académicos, pues aceptaron recibirme, siendo un hijo muy menor de la palabra, al eficiente equipo admi-

nistrativo de la Academia que encabeza don Antonio Crestani, y de manera particular a los tres académicos que, de manera reglamentaria, me propusieron, pese a mis escasos méritos y ralas luces. Ellos son don Miguel León-Portilla (1926-2019), doña Ascensión Hernández Triviño y doña Silvia Molina. Haber sido propuesto por ellos llena para mí de significado ingresar a la Academia. En el caso de Miguel y Chonita, por su amor a la palabra y a la historia de México y sus lenguas y escrituras, por sus ricas enseñanzas como generosos maestros y amigos, y ahora con el fallecimiento de don Miguel, que nos deja una obra portentosa, cobra aún mayor urgencia la tarea de dar a conocer nuestras raíces, procurando conservar siempre en el alma su lección de claridad, de limpidez, no exenta de humor y alegría, rasgos que comparte por cierto con doña Ascensión, aficionados ambos a la paremiología, a decir proverbios. Cuando una

vez le dije a don Miguel que escribía como mi padre, José Luis Martínez (1918-2017), preciso y claro, me contestó con un proverbio: “Lo bueno, cuando breve, dos veces bueno”.

Doña Ascensión Hernández Triviño es una autoridad por cuenta propia como historiadora, filóloga y escritora. Siempre están con nosotros sus libros *España desde México. Vida y testimonio de transterrados* y los dos volúmenes de su *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl*, hechos en colaboración con sabios nahuas por esos transterrados que fueron los frailes y los jesuitas lingüistas. De doña Ascensión recordamos, asimismo, sus magníficos estudios y ediciones sobre la historiografía antigua y moderna de las lenguas de México, muchos de ellos publicados en *Estudios de Cultura Náhuatl*. Mi relación con Chonita en mucho se ha desarrollado en la Sociedad Mexicana de Historiografía Lingüística, la Somehil, con sus conferencias,

seminarios y congresos; y, ciertamente, ella es entre mis colegas de las que mejor conocen y aprecian mis modestos trabajos, y por eso es un honor y una gracia que haya aceptado responder a este mi discurso de ingreso a la Academia. ¡Muchas gracias, Chonita!

De doña Silvia Molina, quisiera recordar la lectura que hice de su novela *La mañana debe seguir gris* desde su aparición en 1977, editada por Joaquín Mortiz —Joaquín M. Ortiz, nombre de guerra del editor Joaquín Díez-Canedo (1917-1919), mi padrino—, sobre su truncado amor con el poeta José Carlos Becerra (1936-1970) quien falleció en un trágico accidente en la carretera de Brindisi, en el sur de Italia. La voz de *La mañana debe seguir gris* me ha acompañado desde entonces y me mostró el valor y la valentía de la literatura testimonial, la necesidad de anteponer el “yo” para transmitir el “él”, inspirar al “tú” y crear un “nosotros” —otra lección

de claridad y limpidez—. Agrego que también le agradezco a doña Silvia haberme acercado a la poesía de don José Carlos Becerra, *El otoño recorre las islas*, con el fulgurante prólogo de don Octavio Paz (1914-1998).

Como historiador que soy, adscrito a la Dirección de Estudios Históricos del INAH, en la Academia Mexicana de la Lengua me toca ocupar la Silla XXXIII, de crítica resonancia, que ha sido ocupada por miembros de la hermana Academia Mexicana de la Historia desde 1954 (año de mi nacimiento), cuando la ocupó por vez primera don José Ignacio Dávila Garibi (1888-1981), el prolífico y polifacético historiador jalisciense, hasta su fallecimiento el 11 enero de 1981. Lo sucedió don Roberto Moreno y de los Arcos (1943-1996), erudito historiador de la cultura, las lenguas y la ciencia en México, quien la ocupó hasta su prematura muerte el 1° de agosto de 1996, lamentable porque tenía mucho

que dar aún. Ocupó la silla don Elías Trabulse, renovador de la historia de la ciencia, que optó por la categoría de Académico Correspondiente en San Diego, California, en 2017. Y lo sucedió don Álvaro Matute (1943-2017), maestro universitario de mirada clara, serena y generosa, quien triste e inesperadamente falleció el 12 de septiembre de 2017 antes de pronunciar su discurso de ingreso. Me toca, como ven, continuar la labor de grandes historiadores empeñados en la búsqueda de la verdad y en el uso bueno de la lengua. Ciertamente los ocupantes de la Silla XXXIII no han sido los únicos historiadores en la Academia Mexicana de la Lengua, abierta a todos los campos del inquirir humano, además de que, “a ultimadas cuentas”, todo escritor es finalmente historiador y todo historiador debe ser escritor. Junto a los historiadores, menciono a los estudiosos de las lenguas originarias de México, sucesores de don

Miguel León-Portilla y de Carlos Montemayor (1947-2010), como lo son mi amigo don Fernando Nava, del grupo Kw'anískuyarhani de Estudiosos del Pueblo Purépecha, doña Yolanda Lastra, amiga de la Sociedad Mexicana de Historiografía Lingüística, y Patrick Johansson, de la UNAM, quien dignamente sucedió a mi padre en la silla III de esta Academia.

Aumenta la emoción que siento el que estemos aquí reunidos en esta Sala Manuel M. Ponce del Palacio de las Bellas Artes, que ha albergado tantas conferencias, mesas redondas, presentaciones y homenajes con escritores y pensadores mexicanos. Es triste que el video se haya generalizado tardíamente y se haya perdido el registro de momentos literarios tan magnéticos, que sacaron chispa, y quisiéramos que la Sala M. Ponce hablara, pero ciertamente sentimos aquí las sombras, los ecos, las presencias de los sabios que nos antecedieron. Y

agrego que mi padre fue director de este Instituto Nacional de Bellas Artes, y las conferencias en esta sala se mencionaban siempre con tono de respeto.

Y sí, por supuesto, un componente fundamental de mi emoción en este momento en el que entro, con vuestra venia, a la Academia Mexicana de la Lengua, es el amor que le tenía mi padre, don José Luis Martínez, desde su ingreso el 22 de abril de 1960, con su discurso *De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana*, inspirado por un consejo que le dio diez años antes don Octavio Paz.¹ Ya no pudo responder a su discurso don Alfonso Reyes (1889-1959), su maestro, proponente y director de la Academia, recién fallecido el 27 de diciembre de 1959, sino su también maestro

¹ Octavio Paz, “Carta a JLM”, París, 12 de noviembre de 1950, en Octavio Paz y JLM, *Al calor de la amistad, Correspondencia, 1950-1984*, edición de Rodrigo Martínez Baracs, México, FCE (Tezontle), 2014, pp. 17-18.

el escritor y político jalisciense don Agustín Yáñez (1904-1980), cuya contestación entró en vigorosa discusión de ideas sobre la vitalidad de la literatura mexicana, que mi padre ponía en entredicho.² En los primeros cuatro años, sin embargo, mi padre no participó tanto en la vida de la Academia, porque pasó los siguientes dos en la ciudad de Lima, Perú, como embajador, y otros dos, hasta 1964, en la ciudad de París, Francia, como representante de México ante la UNESCO. Se reintegró a las sesiones de la Academia tras su regreso a México, como director del

² JLM, *De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana. Discurso leído ante la Academia Mexicana el día 22 de abril de 1960 en la recepción del Académico de Número José Luis Martínez. Contestación del Académico de Número Agustín Yáñez*, México, Academia Mexicana, 1960. - El 18 de julio, en los talleres de Gráfica Panamericana, JLM y Ali Chumacero imprimieron dos series de esta edición, una con tinta verde y otra con tinta roja, en las palabras "Literatura Mexicana", "José Luis Martínez" y "Agustín Yáñez" del título. El Colofón asienta que, además, "Se tiraron 500 ejemplares, fuera de comercio, con la 'Contestación' que Agustín Yáñez dio a este discurso en la Academia Mexicana, y 500, venales, con el texto del discurso únicamente".

Instituto Nacional de Bellas Artes, entre 1965 y 1970, pero nuevamente se ausentó durante su embajada en Grecia, entre 1971 y 1974. A partir de su regreso se hizo asiduo participante de las sesiones y vida de la Academia, coordinó el programa editorial de su Centenario en 1975 y a partir de 1980 fue su 14º Director. Lo fue varios periodos, acaso demasiados, hasta 2012, cuando, ya en avanzada edad, fue gentilmente puesto en la categoría creada de Director Honorario Perpetuo, y lo sucedió su querido José G. Moreno de Alba (1940-2013), cuya memoria mantiene viva su hijo el historiador tocayo mío Rodrigo Moreno. Durante todos estos años, de los que tengo memoria, siempre la Academia estuvo en el centro de la vida y las pláticas de la casa, con mi madre Lydia Baracs (1928-1986) y mis hermanos Pepe y Lupita, como la corporación literaria más importante del país. Siempre le decíamos sin más “la Academia”, aunque

más adelante mi padre defendió que se le dijera “Academia Mexicana” —como en los *Diálogos latinos*, México, 1554, de Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575)—, lo cual no prosperó, pues quedó correctamente como Academia Mexicana de la Lengua.

Más adelante, también fue un gusto para mi padre ingresar el 2 marzo de 1993 a la hermana Academia Mexicana de la Historia, la corporación histórica más importante del país, que reconoció sus dotes de historiador tras su *Hernán Cortés* de 1990. Su discurso de ingreso fue, precisamente una “Vindicación de Francisco Cervantes de Salazar”. Formar yo parte como él de ambas academias me llena de un extraño sentimiento, como de una misión, de la que no me siento digno ni capaz, pero que no puedo rehuir, junto con mis hermanos y nuestras familias y almas. Una misión en la que se entrelazan la lengua y la verdad.

La emoción que siento al ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua también está vinculada con el hecho de que a muchos de ustedes, académicos, los conocí hace ya décadas gracias a mi padre. Desde que nació el 8 de octubre de 1954 y vivíamos en Euclides 10 en la colonia Anzures, venían a visitar a mis padres doña Margit Frenk y don Antonio Alatorre (1922-2010), y como tenían un coro con amigos de El Colegio de México, me cantaban desde afuera en motete la antigua canción “Rodrigo Martínez”, que me ha acompañado toda la vida, “Rodrigo Martínez, a los ánsares Aeh, creyendo que eran vacas, silbábales ¡Aeh! Rodrigo Martínez, ah, tan garrido...” Más tarde, cuando yo estudiaba Economía en la UNAM, pero también iba a clases a la Facultad de Filosofía, a las de Adolfo Sánchez Vázquez, Ricardo Guerra, Bolívar Echeverría y Jaime Labastida, mi padre me mandó a ver a don Jaime, el autor de *Produc-*

ción, ciencia y sociedad. Descartes desde Marx, de Siglo XXI Editores, para pedirle que le regalara su última edición de un libro de Alexander von Humboldt (1769-1859). El chiste, con don Jaime, es la interpelación siempre inteligente y vigorosa. Gracias a mi padre conocí también al poeta don Eduardo Lizalde, poeta de fondo, del que yo sabía sobre todo por su militancia junto con don José Revueltas (1914-1976) en el movimiento espartaquista, pues yo mismo militaba en una organización espartaquista universitaria. Don Eduardo siempre mostró una honda amistad con mis padres, con mis hermanos y conmigo, y como director de la Biblioteca de México albergó el fondo de la Biblioteca José Luis Martínez. Por entonces conocí también al joven don Felipe Garrido, que se formó como editor junto con doña María del Carmen Millán (1914-1982), madrina de mi hermano José Luis Martínez Hernández, en la benemérita colección

SepSetentas, y que después auxilió a mi padre con los seis tomos de su *Panorama cultural. El mundo antiguo*, y después en la administración del Fondo de Cultura Económica (1976-1982), y en 1990 don Felipe editó el libro *Celebración de José Luis Martínez en sus setenta años*, en la Universidad de Guadalajara, valioso instrumento para orientarse en el estudio de la vida y la obra de mi padre. Por esos años conocí también a doña Margo Glantz, en la oficina de mi padre en el Fondo, siempre con palabras de aliento, ¡muchas gracias, querida Margo! Por mi padre conocí también a don Adolfo Castañón, quien trabajaba en el Fondo de Cultura Económica, y me encontré al grado mayor de pasión literaria, y concentración, que norma y da consistencia gozo y excelencia a todos los aspectos de la vida, y además un espíritu mexicano y universal, literario y vital, en mucho afín al de mi padre, por su compartido gusto por Alfonso Reyes,

Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Octavio Paz y Michel de Montaigne (1533-1592), y por el ensayo, los libros, la comida, también, aunque mi padre nunca se metió a la cocina. Adolfo, en cambio, escribe como cocina y cocina como escribe, busca nutrir y deleitar. Escribió mucho y bien sobre mi padre y contribuyó a culminar varios de sus proyectos editoriales, como la *Correspondencia* de Reyes con Henríquez Ureña y los *Diarios* de Reyes, y publicó una antología de sus primeros ensayos, no incluidos en libros, titulado *Primicias*, publicado en 2008 en edición fuera de comercio por El Colegio de México, que dirigía don Javier Garcíadiego Dantan. Y siempre ha sido mucha su generosidad conmigo, como buen amigo y lector. En un coctel de mis padres, en la biblioteca de su casa de Rousseau 53, colonia Anzures, conocí también a doña Ascensión Hernández Triviño y a don Miguel León-Portilla, siempre abiertos a co-



nocer y apoyar los proyectos de los demás. En un congreso en Zacatecas de homenaje a Ramón López Velarde, al que acompañé a mi padre, tras la muerte en 1986 de mi madre, conocí a don Gonzalo Celorio, nuestro ilustre director, y a don Vicente Quirarte, con la pasión literaria irreductible y la elegancia en la vida y el lenguaje de ambos, que engalanan a nuestra Academia. También por mi padre conocí, en la Residencia de Estudiantes de Madrid, a don Javier Garcia-diego, que ha sido siempre un admirado colega, amigo, maestro y director en la hermana Academia Mexicana de la Historia. Por mi padre conocí a don Gabriel Zaid, sabio de clara visión, que se había vuelto un buen amigo de él cuando platicaban, cuando iban y venían de la Academia en el viejo y bien cuidado Volkswagen de don Gabriel, quien vio en mi padre “el curador de las letras mexicanas”. Y por mi padre conocí a don Guillermo Sheridan, gran trabajador,



incisivo ensayista. Recuerdo también cuando mi padre estaba entusiasmado con el ingreso de doña Julieta Fierro, astrónoma, en el afán de que se expresen en la Academia las lenguas de todas las especialidades del saber humano, como es el caso del destacado jurista don Diego Valadés, a quien conocí en el Hospital Español cuando mi padre yacía enfermo y recibió la visita de tan pulcro caballero, que enaltece el lenguaje y la inteligencia. Quisiera agregar a don Pedro Sánchez, chofer de la Academia desde hace diecisiete años y que conoció a mi padre y a nuestras colaboradoras domésticas. Y menciono la estatua en bronce de Alfonso Reyes de Ernesto Tamariz (1904-1988), sentado, con elementos griegos y mexicas, que adorna la entrada de la sede de la Academia, copia miniatura de la que se colocó en 1975 en la Tercera Sección del Bosque de Chapultepec, y que varios años estuvo en mi cuarto de la casa de Rousseau 53,

antes de que mi padre la donara a la Academia.³ He hablado de los académicos que conocí por mi padre, y que me lo traen vivo a la memoria con sólo verlos y oírlos, por lo que se imaginan ustedes lo agradecido que me siento en el alma. Podría hablar de los académicos fallecidos que conocí por mi padre, como Alfonso Reyes, Agustín Yáñez, Julio Torri, Octavio Paz, pero prefiero detenerme. Y hubiese querido mencionar a tantos otros colegas académicos por múltiples razones, afectos y admiraciones, mas es tiempo ya de iniciar propiamente mi discurso.

Quisiera hablarles esta noche sobre mi padre, don José Luis Martínez, como para tenerlo presente aquí algo más, pero no quiero repetir

³ RMB, “Estudio preliminar. La amistad literaria de Alfonso Reyes y José Luis Martínez”, en *Alfonso Reyes y JLM, Una amistad literaria, Correspondencia, 1942-1959*, edición de RMB y María Guadalupe Ramírez Delira, México, El Colegio Nacional, FCE (Tezontle), 2018, pp. 102-103.

cosas que tuve la oportunidad de escribir en el año del Centenario de su nacimiento, 2018,⁴ por lo que pensé que sería de interés repasar su vida y obra desde el punto de vista de su actividad como editor, pues la edición es una actividad que abarcó la mayor parte de su vida. No hubo trabajo que desempeñara, como escritor y como funcionario, en el que el aspecto editorial no estuviera presente. Aquí me refiero a todos los sentidos de la palabra editor: edición de textos y documentos, a menudo con estudios y notas, dirección de revistas y editoriales, y coordinación de estudios colectivos. En todos sus trabajos editoriales mi padre siempre dio muestra de rigor, pulcritud y elegancia. En mucho la edición, transmitir la buena y duradera palabra ajena an-

⁴ RMB, “La obra de José Luis Martínez”, en “100 años de José Luis Martínez”, número doble especial de la revista *Biblioteca de México*, 163-164, 2018, pp. 30-53. Remito a este y otros estudios que aquí cito para no abultar las referencias bibliográficas de este discurso.

tes de la dudosa y percedera palabra propia, le dio sentido a su escritura, pues, de igual manera, en su labor como crítico e historiador siempre buscó acercar los textos a los lectores.

Su primer gusto por la literatura le vino de las canciones que le cantaba su madre, Julia Rodríguez Rodríguez (1896-1922), y su nana y tía, Guadalupe Rodríguez (?-1999), en su natal Atoyac, Jalisco. Cuando en 1922 la familia pasó a Ciudad Guzmán, Zapotlán el Grande, formaron su gusto literario las monjas francesas del colegio en el que compartió la banca con el niño Juan José Arreola (1918-2001), y juntos pasaron al Colegio Renacimiento de los maestros Aceves, padre e hijo, donde prosiguieron sus primeras exploraciones literarias, históricas, teatrales y lúdicas, ya de arreolesca extravagancia. De esos años es el primer registro del gusto de mi padre por lo editorial, cuando su padre, mi abuelo, el doctor Juan Martínez Reynaga (1888-1962) lo



llevaba en sus visitas médicas y pasaban a saludar a su padrino don José del Carmen Méndez, cura del pueblo de Amacueca, y lo fascinaba un ejemplar *in folio* de las *Obras espirituales* de san Juan de la Cruz, en la edición sevillana de 1703, que su padrino le acabó regalando.

La familia Martínez Rodríguez se mudó de Ciudad Guzmán al pueblo de Tequila en 1930, y José Luis y Juan José se separaron y perdieron de vista hasta su reencuentro en 1943, cuando Juan José se inició en Guadalajara como el cuentista prodigioso que fue, con su cuento “Hizo el bien mientras vivió”, y mi padre se iniciaba en la ciudad de México como crítico literario. En lo inmediato, en 1930 José Luis, el hijo mayor de la familia, fue mandado a la ciudad de México y dos años más tarde a la de Guadalajara. Allí tuvo el beneficio de la influencia del maestro don Agustín Basave Castillo-Negrete (1886-1961), quien lo ayudó a enfocarse en la literatura, particularmen-



te la mexicana, que no había sido bien estudiada y, podría decirse, determinó el rumbo de la labor literaria de su vida. A los dieciocho años José Luis dio muestra de la madurez que había alcanzado en el género del ensayo literario con su primera publicación, en enero-febrero de 1936, en la revista *Nueva Galicia. La Revista Clásica de Occidente*, donde escribió una reseña de la obra del novelista francés Paul Bourget (1852-1935), católico interesado en las flaquezas de la carne.

En Guadalajara, José Luis se hizo amigo del nayarita Alí Chumacero (1918-2010) y juntos se apasionaron en hacerse de una excelente educación literaria leyendo todo lo que pudieron en los libros que conseguían y en las bibliotecas, y continuaron cuando pasaron juntos a la ciudad de México, donde Alí copió a mano el *Romancero gitano* de Federico García Lorca (1898-1936), que mi padre así leyó. Ambos se querían poetas y críticos literarios, aunque mi padre abandonó

pronto la poesía, en 1942, cuando vio que no podría acercarse a la inspiración de su admirado amigo Octavio Paz, pero trasladó sus criterios poéticos de sensibilidad y rigor al género del ensayo literario, como lo advirtió con agudeza y empatía el escritor e historiador don Enrique Krauze, presencia necesaria.

En 1940, cuando tenían 22 años, José Luis, Alí y su nuevo amigo el jalisciense Jorge González Durán (1918-1986), junto con el filósofo Leopoldo Zea (1912-2004), de mayor edad, fundaron, con el apoyo de la UNAM, la revista literaria *Tierra Nueva* (1940-1942), donde mi padre publicó ensayos de crítica literaria y poemas. Asimismo, editó y prologó selecciones de poesía de sus amigos, futuros grandes poetas de México, así como, en 1942, la pequeña antología titulada *Narciso. Poéticas mexicanas modernas*, publicada en *Tierra Nueva* como elegante *plaque* de tiraje limitado, en la que

escogió un poema de varios poetas en el que cada uno expone su personal poética: Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), Manuel José Othón (1858-1906), Ramón López Velarde (1888-1921), Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Enrique González Martínez (1871-1952), Carlos Pellicer (1897-1977), José Gorostiza (1901-1973), Jaime Torres Bodet (1902-1974), Xavier Villaurrutia (1903-1950), Salvador Novo (1904-1974) y el joven Octavio Paz.⁵ Sorpresivamente, mi padre no incluyó a su maestro y amigo Alfonso Reyes en la antología, quizá porque consideró que su poesía no era propiamente moderna, o tal vez porque el joven Martínez buscaba afirmar su libertad, su autonomía de juicio y el rigor de su criterio, o acaso porque el mismo Reyes pidió no ser incluido. No lo sé,

⁵ “Narciso. Poéticas mexicanas modernas”, selección y nota de JLM, Suplemento de *Tierra Nueva*, Año III, núms. 13 y 14, enero-abril de 1942.

tal vez algunos de ustedes sepan, y me dirán qué poema de Reyes mejor expresa su poética.

En este mismo año de 1942, mi padre publicó su primer libro editado, no escrito, por él, *Literatura indígena moderna*, A. Mediz Bolio, E. Abreu Gómez, A. Henestrosa, con una introducción en donde muestra su temprano interés por las letras mexicanas prehispánicas: Sahagún, Motolinía, Durán, Ixtlilxóchitl, el *Popol Vuh* y los *Chilam Balam*.⁶

Pronto participó en los equipos editoriales de la revista *Letras de México* (1937-1947), que dirigía Octavio G. Barreda (1897-1964), y colaboró, aunque no con tanta frecuencia, en la revista *El Hijo Pródigo* (1943-1946), que dirigía también Barreda, porque a finales de 1943

⁶ JLM y Peter A. Ortiz, *Literatura indígena moderna*. A. Mediz Bolio, E. Abreu Gómez, A. Henestrosa, México, Ediciones Mensaje (de la Unión Distribuidora de Ediciones), 1942. Incluye varios glosarios español-inglés, y las líneas de los textos están contadas, para permitir su análisis en una escuela estadounidense.

se alejó un poco de la vida literaria mundana cuando aceptó el cargo de secretario particular del Secretario de Educación Pública, don Jaime Torres Bodet, miembro también de la generación *Contemporáneos*, en lo que restaba del sexenio de don Manuel Ávila Camacho (1897-1955) hasta fines de 1946. En carta a Octavio G. Barreda, su amigo Octavio Paz le llegó a reprochar a su amigo José Luis haberse incorporado a “la mentira de México”, luego se retractó, hizo un amistoso e incisivo retrato de mi padre, se incorporó él mismo al servicio público, la Secretaría de Relaciones Exteriores, y tal vez entendió mejor la misión social que mi padre y Torres Bodet, de espíritu vasconceliano, atribuían al trabajo cultural y editorial.⁷

⁷ RMB, “Un diferendo entre Octavio Paz y José Luis Martínez”, *Confabulario* (suplemento del periódico *El Universal*), 240, domingo 14 de enero de 2018, p. 5.

En la Secretaría de Educación Pública la actividad como editor de mi padre se multiplicó. Para la *Cartilla* alfabetizadora de 1944, que elaboraba un equipo de pedagogos de la SEP, mi padre le pidió a Alfonso Reyes que escribiera dos o tres lecciones finales de menos de una página con preceptos elementales de moral. Pero don Alfonso no pudo acotarse a las dos páginas requeridas y en cambio, en un intenso fin de semana, escribió 40, un magnífico tratadillo sobre ética, la famosa *Cartilla moral* que no se podía incluir en la *Cartilla* alfabetizadora. El secretario Torres Bodet le ofreció a Reyes publicar la *Cartilla moral* completa, pero no lo hizo, tal vez debido a que en la SEP no era bien visto el acercamiento que Reyes hizo entre la moral y la religión (aunque también buscó establecer su deslinde), o quizá debido a las críticas fuertes e indignadas que le hizo Reyes al borrador de la *Cartilla* alfabetizadora, cuyos

errores de fondo y forma, de sentido común y corrección política (como el de incluir el nombre del presidente de México) eran tales que no lo dejaron dormir atormentado, por lo que se negó a escribir las dos o tres páginas finales sobre moral.

En la SEP, mi padre encabezó a partir de 1944 la edición de los primeros 150 volúmenes de la Biblioteca Enciclopédica Popular (BEP), cuadernos de 96 páginas de 25 centavos, que salían uno por semana, con textos antiguos mexicanos y universales editados por autores tales como Alfonso Teja Zabre, Samuel Ramos, Vito Alessio Robles, Antonio Acevedo Escobedo, Juan David García Bacca, Vicente Casarrubias, Ermilo Abreu Gómez, Mariano Ruiz-Funes, Antonio Caso, Salvador Toscano, Edmundo O’Gorman, entre otros. Para marcar la pauta de la colección, mi padre publicó el primer tomo, titulado *Pensamiento americano*, selección e introduc-

ción de José Luis Martínez, que se terminó de imprimir el 6 de mayo de 1944, con textos de Sarmiento, Martí, Mistral, Montalvo, Lincoln, Emerson, Juárez, Darío, Mariátegui, Hostos, Henríquez Ureña, Rodó, Bolívar y Bello, entre otros. Y cuando falleció Pedro Henríquez Ureña en Buenos Aires, el 11 de mayo de 1946, rápidamente armó mi padre unas *Páginas escogidas* suyas, con una “Evocación de Pedro Henríquez Ureña” de Alfonso Reyes, que fue el tomo 109 de la BEP, impreso el 31 de mayo de 1946. Ojalá la SEP haga una edición facsimilar de la Biblioteca Enciclopédica Popular (1944-1952) o cuando menos la suba en línea.

En ese mismo año de 1946 mi padre encabezó la edición, con el apoyo de su amigo Alí Chumacero, formado como editor en el Fondo de Cultura Económica, del gran libro concebido por el secretario Torres Bodet, *México en la cultura*, de mil páginas, con textos sobre todos



los temas de la cultura, la ciencia, las técnicas, la jurisprudencia, especialmente encargados a los mejores y más consagrados autores en cada una de sus disciplinas: Alfonso Caso y Antonio Caso, Carlos Chávez e Ignacio Chávez, Justino Fernández y Manuel Toussaint, Silvio Zavala y Alfonso Reyes, entre otros. Sucedió que don Alfonso le pidió su apoyo a mi padre para escribir la parte relativa a los siglos XIX y XX de su capítulo sobre “Las letras patrias”, la incorporó, con una correcta nota de agradecimiento, pero Amalia Hernández, la bailarina y coreógrafa, entonces esposa de mi padre, le escribió una airada carta a don Alfonso, que hizo que éste le escribiera al día siguiente al secretario Torres Bodet que se publicara la parte de mi padre como un capítulo separado, “Las letras patrias. De la época de Independencia a nuestros días”, por lo que el joven José Luis, de 28 años, quedó incorporado en un libro escrito por sabios re-



conocidos de más de 50 años.⁸ El libro *México en la cultura* es una amplia síntesis que hasta la fecha se lee con provecho y debería reeditarse.

A fines de 1946 mi padre ingresó como secretario administrativo de El Colegio Nacional, cargo que ocupó con interrupciones hasta 1952, y tuvo una actividad editorial notable. Además de las invitaciones y papelería, editó los tomos de las *Memorias de El Colegio Nacional* y varios de sus libros, como *La conquista de Pánuco* de Manuel Toussaint (1890-1955), de 1948, y el *Homenaje* a Enrique González Martínez (1871-1952), de 1951, entre otros. Al mismo tiempo, se dio tiempo para realizar largas lecturas en la magnífica biblioteca de El Colegio Nacional, y en otras bibliotecas, lo que le permitió realizar un trabajo literario importante en el campo de las letras mexicanas del siglo XIX que apenas se

⁸ Reyes y JLM, *Una amistad literaria*, pp. 47-50 y 153-157.

estaba comenzando a roturar: editó cinco de los quince tomos de la serie que dirigió Agustín Yáñez de las *Obras completas del maestro Justo Sierra*, que publicó la UNAM, todos en 1948, lo cual es una proeza si se compara con nuestros ritmos actuales. Hasta la fecha se reedita, aumentada. El año siguiente de 1949 mi padre editó un tomo con la poesía de Manuel Acuña y los tres tomos de los ensayos sobre *La literatura nacional* de Ignacio Manuel Altamirano, ambos en la colección de Escritores Mexicanos de la editorial Porrúa. Ese mismo año de 1949 editó sus propios ensayos para conformar su primer libro importante, los dos tomos de su *Literatura mexicana. Siglo XX*, publicados en la Antigua Librería Robredo en 1949 y 1950. El primer tomo incluye un panorama general y varios estudios particulares y el segundo está compuesto por unas *Guías bibliográficas*. Como dije, el objetivo era acercar a los lectores a los textos.

En 1951, tras separarse dolorosamente de Amalia, mi padre decidió alejarse viajando a San Salvador, donde aprovechó su experiencia mexicana para dar clases de investigación y crítica literaria en la universidad, fundar el Departamento de Cultura y editar la elegante revista *Ars*, que hasta la fecha se ha seguido revisando y publicando.

De regreso a México, a partir de 1952 y hasta 1958 pasó a asistir al licenciado Roberto Amorrós (1914-1973), abogado, político e historiador, en la gerencia de Ferrocarriles Nacionales, donde intensificó las labores educativas y culturales y editó la bella revista *Ferrones*, en la que contrató como fotógrafo a su amigo el escritor Juan Rulfo (1917-1986). Editó varios libros de tema técnico para los trabajadores ferrocarrileros y le pidió al historiador Jorge Gurriá Lacroix (1917-1979) una *Bibliografía* de los ferrocarriles en México, que tuvo que completar él mismo

en 1956, con la ayuda nuevamente de su amigo Alí, para incorporar entre otras referencias, las de la biblioteca de la Gerencia de Ferrocarriles Nacionales y la del propio licenciado Amorós.

También puede considerarse trabajo editorial el de reunir en 1955 sus estudios sobre teoría literaria en el libro *Problemas literarios*, editado por Obregón, y sus ensayos sobre literatura mexicana del siglo XIX en un libro titulado *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, editado por la UNAM, que pese a la ausencia de un análisis de conjunto (que más adelante escribiría para la *Historia general de México* de El Colegio de México, 1976), daba en ese conglomerado de textos un panorama de las letras mexicanas del siglo XIX, que hasta entonces no había alcanzado suficiente consistencia.

En sus años de trabajo en Ferrocarriles Nacionales, mi padre continuó con su trabajo de editor. En 1956 publicó el librito *De poeta y*

loco..., antología de algunos de los llamados “poetas humildes”, como Celestino González, Margarito Ledesma y José Vasconcelos, “El Negrito Poeta”, en la colección Los Presentes de su primer amigo Juan José Arreola, en una edición con muchas erratas, que mi padre corrigió a mano en su ejemplar.

Y en 1958 editó los dos volúmenes de *El ensayo mexicano moderno*, publicado en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica, que dio reconocimiento a este género minusvalorado, y con buenos exponentes en México, desde Justo Sierra hasta Pablo González Casanova, pasando por Manuel Gutiérrez Nájera, José Vasconcelos (1882-1959), Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Julio Torri, Salvador Novo, Octavio Paz y muchos otros. Esta antología tuvo mucho impacto y se publicó en una segunda y tercera ediciones corregidas y ampliadas. En la segunda edición, de 1971,

excluyó al filósofo Emilio Uranga (1921-1988) debido a sus innobles ataques a don Daniel Cosío Villegas (1898-1976) y a Octavio Paz, lo cual le dolió a Uranga, y en la tercera edición, de 2001, lo volvió a incorporar, con un ensayo diferente, ya no “El mexicano y el humanismo”, sino “Juan de Cárdenas, sus amigos y sus enemigos”.

Entre 1965 y 1970, en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1911-1979), mi padre fue director del Instituto Nacional de Bellas Artes y encabezó un importante programa editorial. Intervino de manera particular en la edición de la *Revista de Bellas Artes* y él mismo editó en julio-diciembre de 1969 un número especial, triple, dedicado a *La Luna*, antología de textos literarios, mitológicos y científicos, y de bellas imágenes en blanco y negro, que él mismo fotografió con su cámara Asahi Pentax de sus propios libros, y que diseñó Vicente

Rajo, quien hizo una edición como libro publicado por las recién fundadas Ediciones Era. Ambas ediciones son inconseguibles.

De manera premonitoria, atento al pulso de la literatura y de la vida, en abril de 1968 editó una antología de la narrativa joven de México, en dos números especiales de la *Revista de la Universidad*, precedidos por su ensayo “Nuevas letras, nueva sensibilidad”, después reeditado como “Nueva novela, nueva sensibilidad”, porque en realidad sólo se ocupó de la narrativa y no del conjunto de las letras jóvenes. Comento que cuando mi padre le contó el proyecto a Octavio Paz, que recibió sus cartas en los Himalayas, éste le contestó de forma airada diciéndole que lo nuevo no estaba en la juventud cronológica sino en la ruptura, la “tradición de la ruptura”. De cualquier manera, el texto y la antología de mi padre fueron el primer reconocimiento de la literatura juvenil mexicana de los juveniles

años sesenta, dos años antes del libro *Onda y escritura en México. Jóvenes de 20 a 33* de doña Margo Glantz, de 1971.

Durante su estancia como embajador en París, en 1963 y 1964, mi padre amó las bellas ediciones críticas y anotadas de la Bibliothèque de la Pléiade, y de regreso a México se propuso hacer una edición semejante del poeta y ensayista mexicano Ramón López Velarde, uno de sus poetas predilectos, que sirviera de modelo para que en México se hicieran ediciones de este tipo —como sucedió con las de Luis Mario Schneider (1931-1999), Serge Zaïtzeff (1940-2014), Javier Garcíadiego, Adolfo Castañón, Víctor Díaz Arciniega, Alberto Enríquez Perea y otros—. Desde 1946, mi padre había escrito su ensayo “Situación de Ramón López Velarde”, y la edición anotada de sus *Obras* la publicó en 1971, en el Fondo de Cultura Económica, que se ha reeditado corregida y ampliada, y en medios digitales.



También fue un afán editorial, el editar las versiones existentes de los poemas del rey poeta Nezahualcóyotl (1402-1472) o atribuidos a él, para su Quinto Centenario, a escribir un extenso estudio, con el apoyo de Miguel León-Portilla, que cobró las dimensiones de dos libros: *Nezahualcóyotl. Vida y obra*, publicado por el Fondo, y *Nezahualcóyotl. Textos seleccionados*, publicado en la benemérita colección SepSetentas que dirigía doña María del Carmen Millán, con el apoyo de don Felipe Garrido.



El trabajo de mi padre como editor continuó en la Academia Mexicana de la Lengua, particularmente cuando recibió la encomienda de organizar el programa editorial del Centenario de la Academia en 1975. El programa incluyó ediciones facsimilares de los valiosos siete primeros tomos de las *Memorias* de la Academia, con importantes estudios de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) y va



rios otros escritores y estudiosos mexicanos como Rafael Ángel de la Peña, José María Roa Bárcena, José María Vigil, Alfredo Chavero, Francisco Sosa y José López Portillo y Rojas, tomos acompañados por un útil índice que él mismo preparó. También hizo una edición facsimilar del *Vocabulario de mexicanismos*, obra póstuma del mismo García Icazbalceta, y coordinó la realización y edición de un tomo de *Semblanza de académicos*, adjudicándose a sí mismo la redacción de las más difíciles, de los que nadie sabía, tales como Ramón Isaac Alcaraz, Joaquín María de Castillo y Lanzas, Audomaro Molina Solís, José María Oliver y Casares, Fermín de la Puente y Apezechea. Más adelante editó, en 2004, en coedición de la Academia y del Fondo, un volumen ampliado de las *Semblanzas de académicos*, con las contribuciones hechas en 1925 y 1945-1946, 1975 y nuevamente en 2002, que constituye

un corpus de información apreciable. A mi padre le gustaba mucho la semblanza de don Gabriel Zaid sobre don Octavio Paz. Otra edición académica de mi padre fue *El erudito y el jardín: anécdotas, cuentos y relatos* de don José Rojas Garcidueñas (1912-1981). Estas ediciones circularon poco, pues no eran venales, por lo que en marzo de 2019 fueron descatalogadas y posteriormente integradas al lote de los Tesoros de la Academia, para regalos especiales. Más adelante, mi padre dirigió de manera didáctica a mi joven y sabia hermana Andrea Guadalupe Martínez Baracs a realizar la pulcra edición de un manuscrito desconocido y curioso encontrado en el archivo de la Academia del poeta José Juan Tablada (1871-1945), *Hongos mexicanos comestibles. Micología económica*, con preciosas acuarelas, que editó la Academia Mexicana en coedición con el Fondo de Cultura Económica en 1983.

Ya bajo el embrujo historiográfico de don Joaquín García Icazbalceta, mi padre se dio el gusto de editar en 1978, en el Fondo de Cultura Económica, sus *Escritos infantiles*, con el auxilio de don Felipe Garrido. Para entonces se había dado cuenta de que compartía esa pasión y convicción con don Joaquín, la del historiador y escritor que también es editor, que hace obra perdurable porque las obras editadas serán leídas y utilizadas sin envejecer por las sucesivas generaciones.

Así fue cómo en 1974 y 1975, de regreso de la Embajada en Atenas, mi padre se quedó sin trabajo y ofreció a la SEP hacer unas nuevas *Lecturas clásicas para niños*, como las que en 1924 dirigió José Vasconcelos (1882-1959) en la SEP, pero dirigida esta vez no a los niños sino a los jóvenes, y así logró preparar en un año los seis volúmenes del *Panorama cultural. El mundo antiguo*, bella y amplia antología ilustrada con fotos y mapas, con introducciones y estudios adicionales, que tratan

de: Mesopotamia, China y Japón, Grecia, Roma, hebreos y cristianos, Persia y el Islam y América antigua. Ésta fue una de sus obras más bellas y que más apreció mi padre, particularmente el tomo dedicado a Grecia. Como lo notaron José Emilio Pacheco (1939-2014), José de la Colina (1934-2019), Adolfo Castañón y David Noria, contiene varias traducciones —de traducciones— realizadas por mi padre, que lo presentan pleno en su dimensión literaria. En un homenaje organizado por nuestra Academia, doña Ascensión Hernández Triviño realizó un perceptivo estudio sobre el “Mundo antiguo” de mi padre. Hace mucho que no lo reedita la SEP.

Después, en 1976, mi padre fue durante cerca de un año director de los Talleres Gráficos de la Nación, lo que le dio la experiencia de la organización de esta imprenta y editora nacional. Y al final del sexenio, el presidente electo José López Portillo (1920-2004) le ofreció la

Secretaría de Educación Pública, pero mi padre prefirió pedir la dirección del Fondo de Cultura Económica, que dirigió entre 1976 y 1982, la casa editorial del gobierno mexicano, con una fuerte tradición plural y liberal, fundada en 1934 por Daniel Cosío Villegas.

Durante su periodo como director, mi padre procedió a una reforma administrativa del Fondo —su calidez y buen trato le permitieron poner de su lado al sindicato—, para reencauzarlo hacia su dimensión intelectual editorial esencial. Él mismo se involucró en la edición de varios libros. Tradujo partes y colaboró con Juan José Utrilla en las traducciones de *El universo de los aztecas* de Jacques Soustelle (1912-1990), publicado en 1982, y el *Don Carlos de Sigüenza y Góngora* de Irving A. Leonard (1896-1996), publicado en 1984.

Consiguió que el Fondo de Cultura Económica editara la traducción de *La conquista espiritual de México* de Robert Ricard (1900-1984), de

1933, en la traducción del padre Ángel María Garibay K. (1892-1967), publicada en 1947 por las ultraderechistas editoriales Jus y Polis, para lo cual tuvo que negociar con el escritor, periodista y editor ultraderechista Jesús Guisa y Azevedo (1899-1986) la cesión de los derechos de la traducción del Ricard. Guisa y Azevedo había atacado a mi padre en 1959 para impedir su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pero mi padre nunca fue resentido y restableció una buena amistad con el viejo guerrero. Pero también sucedió que, a petición del mismo Ricard, mi padre le tuvo que pedir a la editora Eugenia Huerta, hija de su amigo Efraín Huerta (1914-1982), que omitiera las notas a pie de página con los comentarios a veces críticos que puso el traductor, el padre Garibay, a la edición de Jus y Polis.⁹

⁹ Pude consultar los documentos relativos a la edición de *La conquista espiritual de México* de Robert Ricard en el Archivo del FCE, gracias a la diligencia de Adriana Konzevik.

Por patriotismo, a mi padre le importó mucho que su amigo Octavio Paz publicara su *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la fe*, de 1982, en el Fondo de Cultura Económica, pues Octavio había cedido todos los derechos de edición de sus libros a Seix Barral, y logró que el Fondo se quedara con los derechos para México y Seix Barral para el resto del mundo. Ya he contado que mi padre le prestó a Octavio varios libros que necesitaba para su *Sor Juana* y le revisó algunos capítulos.

Hubo también otros libros de Octavio Paz que promovió mi padre cuando fue director del Fondo. Durante ese tiempo el historiador francés de la literatura mexicana Claude Fell, estuvo trabajando en México para hacer su tesis sobre José Vasconcelos como rector de la Universidad Nacional, y vino varias mañanas a trabajar en la biblioteca de mi padre (de hecho, trabajó en mi escritorio). Durante ese tiempo le hizo una im-

portante entrevista a Octavio Paz, “Vuelta a *El laberinto de la soledad*”, publicada en la revista *Vuelta* de Octavio Paz, sobre su visión de la historia de México desde *El laberinto de la soledad* (1950) hasta *Posdata* (1970) y después. Y mi padre tuvo en 1981 la buena idea de hacer una edición especial de un bello tomo azul *in quarto* que reunió juntos *El laberinto de la soledad*, *Postdata* y la entrevista de Claude Fell. El libro se agotó pronto y pasó a la Colección Popular, en un bello tomito blanco, que es uno de los más vendidos de Octavio Paz y del Fondo. Mi padre también promovió una bonita edición del libro de Octavio Paz sobre *Xavier Villaurrutia, en persona y obra*, que, me contó, no le gustó a Octavio, y la siguiente edición se hizo con otro diseño.

Alguna vez conté también cómo cuándo mi padre fue director del Fondo mandó directamente a la imprenta mecanoescritos que leyó en una noche y reconoció como excelentes,



antes de la era de los consejos editoriales, como lo fueron *Diego de Montparnasse* de Olivier Debroise (1952-2008), y *Se llamaba Vasconcelos* de José Joaquín Blanco, ambos jóvenes y brillantes autores que, por alguna razón, nunca fueron del gusto de Octavio Paz, que los atacó feo.

A mi padre le dio mucho gusto que el Fondo publicara en 1977 el excelente libro de Lesley Byrd Simpson (1891-1984), *Muchos Méxicos*, originalmente publicado en inglés en 1941, y que los mexicanos patrioteros nunca quisieron publicar debido a su visión crítica y burlona sobre algunos momentos y rasgos de nuestra historia —recuérdese la suerte de la edición del Fondo de *Los hijos de Sánchez*, que supuestamente denigraba a México y que provocó la destitución en 1967 del editor Arnaldo Orfila Reynal (1897-1997)—. No sé si a través de Simpson mi padre entró en contacto con Woodrow Borah (1912-



1999), su colega en la Universidad de California en Berkeley, y promovió la traducción de su nuevo libro sobre *El Juzgado General de Indios en la Nueva España*, y una antología amplia de sus trabajos realizados junto con Sherburne F. Cook, *El pasado de México. Aspectos socio-demográficos*, que seleccionó el propio Borah, agregando bibliografías. Yo le insistí que incluyera *New Spain's Century of Depression, 1951*, su trabajo más importante, ya editado, por Enrique Florescano, en la colección SepSetentas, y lo incluyó, pero quitó entonces su importante artículo “La despoblación del México central en el siglo XVI”, de 1962, porque supuestamente se repetían. Siempre lo lamenté, porque el artículo afina el razonamiento del librito. Contribuí a la revisión de la traducción de Juan José Utrilla de *El Juzgado General de Indios*, particularmente en la incorporación de los textos originales en español, que me iba mandando Borah por

correo postal, o que yo buscaba en las bibliotecas. No pude revisar la versión final, que se fue con algunas erratas y errores. Desde esa época y hasta el final de su vida, mantuve una asidua correspondencia epistolar, a máquina, con Woodrow Borah, quien generosamente me mandaba por correo libros en inglés de historia, que fueron decisivos en mi formación.

También impulsó mi padre la publicación por el historiador Ernesto de la Torre Villar (1917-2009) y su colaborador Ramiro Navarro de Anda de la antología *Testimonios históricos guadalupanos*, y le insistió mucho que incluyera los textos antiaparicionistas, como la *Información de 1556*, con sus *Aditamentos*, de Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916) y otros, y la *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe* (de 1883) de Joaquín García Icazbalceta. En un libro sobre los historiadores del siglo XX editado por Enri-

que Florescano y Ricardo Pérez Montfort, mi padre aseguró que la *Carta* de García Icazbalceta, por su respeto incondicional a la verdad, siendo tan católico, era unos de los momentos intelectuales y morales más altos de la historiografía mexicana.

Uno de los pocos libros antiguos del periodo colonial que tenía mi padre en su biblioteca es la edición original y única de la *Rhetorica christiana* del franciscano fray Diego Valadés (1533-1590), en latín (de 1579), y en el Fondo logró hacer una edición facsimilar con traducción de nuestro colega académico don Tarcisio Herrera Zapién (publicada finalmente en 1989).

Mi padre también tenía el proyecto de organizar en el Fondo una edición completa de los textos en español y en náhuatl de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y sus colaboradores nahuas, lo cual no pudo realizar, debido a la lentitud con que van siendo traducidos al espa-

ñol los difíciles textos sahaduntinos. En 1978 él mismo concluyó una antología de conjunto de la obra de Sahagún, con el título de *El México antiguo (Selección y ordenación de la Historia general de las cosas de la Nueva España de fray Bernardino de Sahagún los informantes indígenas)* para la venezolana Biblioteca Ayacucho —fundada en 1974 por Ángel Rama (1926-1983) y José Ramón Medina (1919-2010)—, con una sólida introducción sobre la vida y obra de Sahagún. Sin embargo, la publicación se tardó porque la Editorial Porrúa no autorizó el uso de la edición de la *Historia general* de Sahagún realizada por el padre Garibay en cuatro volúmenes en 1956.¹⁰ Hubo que hacer una adaptación del texto y sólo en agosto de 1981 apareció

¹⁰ JLM, Carta a Ángel Rama, ciudad de México, 14 de agosto de 1978; Carta de la editorial Porrúa a Ángel Rama, ciudad de México, primero de noviembre de 1978; Carta de Ángel Rama a JLM, Caracas, 24 de noviembre de 1978. En el Archivo de JLM, ordenado por María Guadalupe Ramírez Delira.

El México antiguo de Sahagún reordenado por mi padre.

Mientras tanto, en 1979 el Archivo General de la Nación publicó su edición facsimilar en tres grandes volúmenes del *Códice Florentino*, casi idénticos al original que se encuentra en la Biblioteca Laurenziana de Florencia. Hizo la edición la historiadora doña Alejandra Moreno Toscano, directora del AGN, con el apoyo de don Jesús Reyes Heróles (1921-1985), secretario de Gobernación. Gracias a esta edición mi padre pudo hacer una lectura cuidadosa del texto español del *Códice Florentino*, del texto náhuatl, gracias a la transcripción y la traducción al inglés de Charles E. Dibble (1909-2002) y Arthur J. O. Anderson (1907-1996),¹¹ y de

¹¹ Era tal la admiración de mi padre por la edición de Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble del *Florentine Codex* (Santa Fe, Nuevo México, The School of American Research y The University of Utah, 1952-1982, 12 vols.) y otros trabajos suyos sobre códices y manuscritos mexicanos, que promovió que el gobierno

las ilustraciones, que le permitieron escribir su librito *El “Códice Florentino” y la “Historia general” de Sahagún*, que publicó el propio Archivo General de la Nación en 1982. Y al hacer la lectura del texto español del *Códice Florentino*, mi padre pudo darse cuenta de los serios defectos de la edición del padre Garibay en Porrúa, quien, pese a lo que afirmó, no consultó directamente el *Códice Florentino* y está plagado de errores.

Otro lector de la edición facsimilar del *Códice florentino* fue el historiador don Alfredo López Austin, quien editó junto con Josefina García Quintana el texto de la columna española y, me contó su hijo el arqueólogo don Leonardo López Luján que el ejemplar de su padre de la

mexicano les otorgara la condecoración del Águila Azteca. La ceremonia de condecoración se realizó en Tlatelolco el 27 de enero de 1981 y mi padre pronunció un discurso, “Condecoración del Águila Azteca a Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson”, 5 pp.

Historia general de Porrúa está todo negro de enmiendas en cada página, de tantos errores que le fue encontrando.

Comento que de un viaje a San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, le traje a mi padre un libro del dominico fray Tomás de la Torre, *Diario del viaje de Salamanca a Ciudad Real, 1544-1545*, que quiso editar y del estudio preliminar creció su precioso libro *Pasajeros de indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI*, que publicó en 1983 Alianza Editorial y en 1993 el Fondo de Cultura Económica. Y en 1986 editó un cuadernito con la primera entrevista “periodística” que se hizo en América, la que le hizo en septiembre de 1554 el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo a Juan Cano de Saavedra, el tercer esposo español de doña Isabel Moctezuma, hija predilecta de Moctezuma.

El ambicioso proyecto personal que sí pudo realizar mi padre en el Fondo fue el de

hacer una edición facsimilar completa de las más importantes *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, de la primera mitad del siglo XX. Se conjugó la feliz circunstancia de que mi padre era director del Fondo, de que él mismo tenía en su biblioteca la mayor parte de estas revistas literarias, y de que las había estudiado, de tal modo que realizó casi toda la edición con sus propios ejemplares. Se molestó porque los del taller le perdieron unas portadas de la revista *Contemporáneos*, pero sabía la importancia de la publicación de estas *Revistas*, que acercaron al público a la vida de la literatura mexicana.

Mi padre se había ocupado de las revistas literarias mexicanas desde sus investigaciones de los años cuarenta, como profesor en Filosofía y Letras de la UNAM, El Colegio de México y El Colegio Nacional, como puede verse en su mencionado libro *Literatura mexicana, siglo XX*,

de 1949 y 1950. Respecto a las revistas literarias, el primer tomo incluye un apartado sobre “Las revistas literarias” y un texto sobre la “Misión de las revistas literarias en México”; y el segundo tomo, con las *Guías bibliográficas*, contiene una lista de “Revistas literarias, 1900-1949”, que refiere más de 200 revistas literarias de la ciudad de México y varias ciudades del país.

Menciono que, si bien se ha reeditado el primer tomo de *Literatura Mexicana, siglo XX*, el segundo tomo no se ha reimpresso, por lo que esta lista de “Revistas literarias, 1900-1949” resulta una novedad y una guía de investigación y de futuras ediciones facsimilares. En su apartado sobre “Las revistas literarias” mi padre señaló la importancia de su estudio:

Las revistas literarias, como habrá podido observarse, han desempeñado una función importante en el periodo contemporáneo de nuestras

letras. En muy contadas ocasiones los escritores se deciden o encuentran la oportunidad de recoger en volúmenes sus trabajos; y así, el curioso debe dirigirse a las publicaciones periódicas para encontrar el pulso vivo de la literatura mexicana. En las revistas hacen nuestros escritores sus primeras armas; allí se forman y de allí parten para más ambiciosas empresas. Los libros pocas veces nos muestran la verdadera evolución de nuestros autores; las revistas, en cambio, registran día a día su curiosidad, sus preferencias, las formas de su sensibilidad, su progreso o su decadencia. Una verdadera biblioteca mexicana o una justa historia de nuestras letras no pueden reducirse, por ello, a la producción que ha alcanzado su inclusión en el libro; debe contar, y muy considerablemente, con esos cuadernos irregulares, dueños de todas las arbitrariedades, que son las revistas; imagen proporcionada de nuestras letras y, co-

mo ellas, inseguras en su vida y en su forma, como ellas, persiguiendo siempre una madurez lejana.

Para seleccionar del universo de 200 las revistas incluidas en la serie facsimilar de *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, mi padre tuvo que reducir la selección, al escoger a las revistas predominantemente literarias y, entre ellas, las más importantes y significativas, que, en su mayor parte fueron publicadas en la ciudad de México (las excepciones son *Bandera de Provincias*, *Pan* y *Eos*, de Guadalajara, y *Monterrey*, que editó Alfonso Reyes en Río de Janeiro y después en Buenos Aires). También se impuso un límite temporal, la primera mitad del siglo XX, hasta antes de la *Revista Mexicana de Literatura* (1955-1965). Ojalá se pudieran hacer ediciones facsimilares y digitales de las revistas literarias de 1900-1949 registradas por mi padre y no inclui-

das en la serie de *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, y también de las principales revistas que proliferaron en la segunda mitad del siglo XX. Algunas de éstas ya cuentan con ediciones facsimilares y con medios de difusión digitales, aunque no siempre igualmente accesibles. Los sitios más pulcros son los de *Vuelta* (1976-1998) y *Letras Libres* (1999-), *Estudios de Cultura Náhuatl* (1959-) y las revistas de la UNAM, *Historia Mexicana* y la *Nueva Revista de Filología Hispánica* y las de El Colegio de México; los suplementos literarios como *Confabulario* y *Laberinto*. Hay buenas ediciones facsimilares de *El Corno Emplumado* (1962-1969), de Sergio Mondragón, y de *S-Nob* (1962), de Salvador Elizondo (1932-2006), y *El Machete* (1980), del Partido Comunista Mexicano. Se han hecho algunas antologías facsimilares, de *Plural* (1971-1976), editada por Adolfo Castañón, Marie José Paz (1934-2018) y Danubio Torres Fierro, y

recientemente de la revista *Nexos* (1978-), fundada por Enrique Florescano y Pablo González Casanova.

Mi padre ideó las características de la serie de las *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*. Reproducen la totalidad de las revistas, desde la portada hasta la contraportada, incluyendo los anuncios. Pero la reproducción es en blanco y negro, en busca de la economía. Por ello también la encuadernación es uniforme y rústica, color ahuesado mate, pero se acomoda a los diferentes tamaños de las revistas, algunas de las cuales eran muy amplias (como la primera época de *Letras de México*). Para acelerar el proceso de edición, salvo pocos casos, no se solicitaron estudios preliminares nuevos, sino que se aprovecharon los textos de historia literaria existentes que se refieren a las revistas. La selección resultó acertada. Menciono que los textos introductorios de la mítica revista *Contemporá-*

neos (1928-1931) suman 74 páginas, con textos de 54 autores, de Xavier Villaurrutia a Guillermo Sheridan, “Selección de J.L.M.”

A los facsimilares de las páginas de las revistas, se les agregó una numeración continua, para facilitar el uso de los índices que se hicieron en cada tomo, índices de cada número e índices de autores. Para realizar el trabajo de edición mi padre contó con el apoyo del joven escritor Manuel Fernández Perera, que supongo que aprendió mucho de historia literaria en este trabajo, y de Felipe Garrido, que tenía la experiencia editorial de la colección *SepSetentas*, pero era gerente de producción del Fondo, por lo que su participación en el proyecto no pudo ser total. Igualmente participó don Adolfo Castañón, con consultas varias y revisión de textos. Recuerdo que a estos jóvenes escritores que apoyaron a mi padre en esta y otras ediciones, como las de los códigos mexicanos, mi

padre me contó que a veces los regañaba “por su ignorancia”. Pero me consta que ya entonces eran sabios.

Las revistas que se pusieron a disposición del público entre 1980 y 1986 fueron muchas y buenísimas: *Pegaso*, *México Moderno*, *Contemporáneos*, *El Maestro*, *Eos* y *Pan*, *Letras de México*, *Tierra Nueva*, *El Hijo Pródigo*, *Rueca* (de mujeres), y varias más, en tirajes de tres mil ejemplares. Esta serie de facsimilares marcó un paso decisivo en el conocimiento de la literatura mexicana, porque ésta se conocía de manera predominante a través de libros y compilaciones en libros, pero las revistas estaban vedadas al público general. ¡Quién podía tener acceso a la fundamental revista *Contemporáneos*, a *El Hijo Pródigo*, a *El Maestro*! A partir de ese momento todos los estudiosos y estudiantes y amantes de la literatura mexicana tuvieron acceso a las revistas literarias que dan “el pulso vivo de la li-

teratura mexicana”, de la literatura tal como se va haciendo, publicando, reseñando, comentando y evaluando.

La publicación de la serie *Revistas Literarias Mexicanas Modernas* hace treinta años ciertamente llenó un hueco, y aunque las ediciones están agotadas, ahora, gracias a esta edición de 3 000 ejemplares, es más factible encontrar los facsimilares en algunas bibliotecas y librerías de viejo. A sugerencia mía, José Carreño Carlón, entonces director del Fondo de Cultura Económica, en 2018 mandó subir a internet una edición digital de las *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, aunque me parece que hoy no es accesible.

Otras ediciones, en este caso privadas, de libros realizó mi padre en el Fondo, cuando le solicitaba a su chofer y ayudante Gustavo Valdés que transformara las fotocopias de libros y documentos en libros bellamente encuadernados,

para su buena lectura y resguardo en su Biblioteca.¹²

En el Fondo y fuera de él, mi padre continuó en el propósito de dar a conocer la literatura y la vida literaria a través de diferentes fuentes. La difusión de la obra de su maestro don Alfonso Reyes le resultó de particular importancia. Una de las fuentes sobre la vida literaria es la edición de epistolarios de escritores, con introducción y notas a pie de página, y mi padre pudo reunir la correspondencia de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, en los archivos de la Capilla Alfonsina y de la Universidad de Santo Domingo. En el Fondo pidió a su nueva y joven secretaria María Guadalupe Ramírez Delira, que transcribiera toda la correspondencia y, años después, en 1986, concluyó, tras un arduo trabajo, la edición del primero de los tres volúmenes de

¹² RMB, *La biblioteca de mi padre*, México, Conaculta (Colección Memorias Mexicanas), 2010.

esta correspondencia, con una introducción, intitulados temáticos de cada carta y oportunas notas a pie de página. En Santo Domingo sí se editaron los tres volúmenes de las cartas, pero sin notas y con errores. Y ahora Adolfo Castañón completó la tarea con la edición anotada de los tomos segundo y tercero, que espero mucho que el Fondo publique, junto con una reedición del primero.

Y atento a su idea de la “Revolución cultural del Ateneo de la Juventud”, prologó en 1985 una edición facsimilar de la *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia*, obra compilada bajo la dirección de Justo Sierra por los señores Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, en 1910.

Otro proyecto que impulsó mi padre para un nuevo acceso al seguimiento de la literatura mexicana *in the making*, en acto, es la promo-

ción de la edición del *Diario* de Alfonso Reyes, que también le pidió a María Guadalupe Ramírez Delira que le transcribiera, pero que mi padre no alcanzó a ver concluida al fallecer en 2007. Con los años la concluyó el equipo que él formó (que incluye a Alfonso Rangel Guerra, Adolfo Castañón, Jorge Ruedas de la Serna, Alberto Enríquez Perea, Javier Garcíadiego Dantan, Víctor Díaz Arciniega, Fernando Curiel Defossé) con la edición de siete volúmenes bien anotados de esta joya de la historia de la literatura mexicana, cada uno de ellos, por cierto, dedicados a José Luis Martínez.

Mi padre también editó los tomos finales de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, en el Fondo de Cultura Económica, una *Antología general* y otra sobre animales, *Animalia*, que editó El Colegio Nacional, y que hizo por consejo de “un buen lector de Alfonso Reyes”, que confieso que soy yo.

Concluido el primer tomo de la correspondencia de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, mi padre regresó a su inconclusa *Historiografía mexicana del siglo XVI*, y al revisar su capítulo sobre Hernán Cortés (1485-1547) le regresó la molestia ante la dispersión en diversas compilaciones y archivos de los numerosos documentos de Cortés o relacionados con él, por lo que propuso al historiador Roberto Moreno de los Arcos que hiciera una edición de las *Cartas de relación* de Cortés, mientras que mi padre editaría los demás documentos, que llamó los *Documentos cortesianos*. Como una introducción general, retomó su antiguo capítulo sobre Cortés, y lo fue ampliando conforme fue editando los documentos, hasta alcanzar las proporciones historiográficas y literarias de su *Hernán Cortés* de mil páginas, perfectamente documentadas y a la vez legibles, más las dos mil de los *Documentos*

cortesianos, editados por el Fondo de Cultura Económica y la UNAM entre 1990 y 1992. Es de lamentarse que el *Hernán Cortés* de mi padre estuviera agotado, en pleno Centenario de su nacimiento, 2018, y sigue agotado en pleno Quinto Centenario de la Conquista de México, 2019-2021 y adelante.

Mi padre vivía ya en un vaivén entre el siglo XVI y el XIX y XX... Para la Biblioteca Ayacucho (en la que vimos que publicó una antología de fray Bernardino de Sahagún) preparó en 1995 una antología general de las *Obras* de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), con un extenso estudio preliminar y una cronología. Pero la editorial dejó de responder a sus cartas y nunca publicó el libro, que mi padre acabó entregando al Fondo de Cultura para su publicación en 2003. En 1997 coordinó el homenaje en el centenario de la muerte de Guillermo Prieto (1818-1897), que se publicó en 2006. Debe

decirse que mi padre había tratado con cierto descuido al “Poeta más popular de México” en *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, de 1955, y que su reivindicación tardía estuvo vinculada a su amistad con doña Martha Guillermprieto.

Al mismo tiempo que realizaba estos trabajos, mi padre seguía inquieto con la no edición de la *Cartilla moral* de Reyes que, como vimos, la SEP no le quiso publicar en 1944. Este rechazo creó un resentimiento soterrado en don Alfonso, que sin embargo no rompió su amistad y colaboración con Torres Bodet y mi padre. El mismo Reyes hizo una edición limitada fuera de comercio de su *Cartilla moral* en 1952 y Gastón García Cantú (1917-2004) hizo una edición de amplio tiraje en 1959 para el Instituto Nacional Indigenista, aunque, como lo observó Javier Garciadiego (en su propia edición de la *Cartilla moral*, de 2019), la edi-

ción no pasó a las librerías y no fue conocida por los intelectuales y maestros. Posteriormente mi padre promovió la integración de la *Cartilla moral*, un poco de contrabando, en el tomo XX, de temas griegos, de las *Obras completas de Alfonso Reyes* editado por Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985), y se hicieron otras ediciones en antologías. Pero mi padre todavía soñaba en que los principios morales que sistematizó don Alfonso en una serie de círculos concéntricos fuesen integrados a la Educación Pública. Por ello, en 1984, poco después de salir del Fondo, mi padre le sugirió a don Jesús Reyes Heróles (1921-1985), que al final de su vida fue secretario de Educación Pública, incorporar la *Cartilla moral* a los libros de texto gratuitos, completa y con algunas adaptaciones en los libros de Ciencias sociales, y en versiones más resumidas en los niveles iniciales de la educación.

Además de su propia versión ligeramente adaptada, mi padre incluyó en su propuesta a Reyes Heróles las opiniones de tres filósofos para fundamentar la importancia de la educación moral de la sociedad: Antonio Gómez Robledo (1908-1994), Eduardo Nicol (1907-2990) y Fernando Salmerón (1925-1997), a los que agregó un capítulo del libro *Ética y política* de Benedetto Croce (1866-1952). El proyecto iba bien, pero no se pudo realizar porque don Jesús falleció en 1985. Poco después, en 1992 mi padre presentó el mismo proyecto al secretario de Educación Ernesto Zedillo, quien no incorporó la *Cartilla* a los libros de Ciencias sociales, sino que hizo una edición modesta, pero de setecientos mil ejemplares. Aunque mi padre había eliminado las alusiones al cristianismo y a los mandamientos del texto original de la *Cartilla moral*, el poderoso Sindicato de Trabajadores de la Educación se opuso a su

difusión y la retiró de la circulación. Este acto debe verse en el contexto de la aversión de la SEP y su sindicato a los temas morales por considerarlos religiosos, y en el contexto también de la lucha del secretario Zedillo contra el poder excesivo del sindicato, buscando su descentralización. Más adelante esta lucha se expresó en el ataque a los libros de texto gratuito de Historia, en cuarto y quinto, y sexto de primaria. No se sabe cuántos libros circularon ni cuántos fueron retirados y si están éstos en alguna bodega, como nos lo comenta Javier Garciadiego.

Ahora, como un paso en los trabajos del gobierno actual de México por elaborar una “Constitución moral”, se realizó una edición masiva y en internet de la *Cartilla moral*, aprovechando la edición adaptada por mi padre. Como mencioné, él simplificó algunas formulaciones difíciles, eliminó temas de religión,

incorporó asuntos actuales como los ecológicos y el de la corrupción de los funcionarios, y quitó tres párrafos sobre política, marcados por la situación de guerra contra el nazifascismo que se vivía en 1944, y los sustituyó por el siguiente, que expresa bien el ideario moral y político de mi padre y que se aplica a nuestro predicamento profundo actual:

Lo que hemos hecho de ella y para ella los mexicanos del pasado y del presente constituye nuestra patria. En momentos críticos, es preciso servirla con actos heroicos, para salvaguardar su integridad o para preservar la práctica de principios fundamentales: libertad, justicia, democracia, Derecho. Pero en situaciones normales la engrandecemos mejorándonos cada uno, sirviendo a la sociedad de que formamos parte y haciendo lo mejor posible la tarea que cada uno hemos elegido.

En este largo recorrido, de ninguna manera completo, parecería que mi padre, José Luis Martínez, más que escritor y funcionario, siempre fue un editor: de libros, revistas, textos breves, documentos, cartas, diarios... Como si la tarea fundamental de su vida estuviera contenida en el lema *Tolle lege*, “Toma y lee”, que nos legó san Agustín (354-430), fundamental para cualquier mexicano que busca resolver la crisis política, moral, cultural que vive el país, que en última instancia es una crisis de lectura, de incapacidad para tener presente el legado que nos van dejando los hombres más sabios y generosos que nos antecedieron. Éste es parte del sentido de la existencia misma de la Academia Mexicana de la Lengua.



APÉNDICE

Las Revistas Literarias Mexicanas Modernas

Quisiera mencionar brevemente las revistas reproducidas en la serie facsimilar de las Revistas Literarias Mexicanas Modernas (RLMM), que va de 1906 a 1947, para dar una idea de su riqueza:

Savia Moderna. Revista mensual de arte, 1906. Directores: Alfonso Cravioto y Luis Castillo. La Presentación en las RLMM está compuesta por fragmentos de Alfonso Reyes, su *Pasado inmediato y otros ensayos*, de 1941, y de Francisco Monterde, de 1963.¹³

Arte, 1907-1909. Directores: Enrique González Martínez. Presentación en las RLMM del propio Enrique González Martínez, de *El hombre del*

¹³ Fueron aprovechadas las conferencias dadas en 1962 y 1963 en la Sala Ponce del Palacio de Bellas Artes organizadas y editadas por Antonio Acevedo Escobedo (1909-1985) en *Las revistas literarias de México*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes (Departamento de Literatura), 2 vols., 1963 y 1964.

búho. El misterio de una vocación, México, Ediciones de Cuadernos Americanos, 1944.

Argos, 1912. Dirigida por Enrique González Martínez. La Presentación en las RLMM es anónima.

Nosotros, Revista de arte y de educación, 1912-1914. Director: Francisco González Guerrero. J.L.M. firma la Presentación en las RLMM.

Gladios, 1916, dirigida por Luis Enrique Erro. Sección de ciencias: Luis Enrique Erro. Gerente: Octavio G. Barreda. En las RLMM lleva una nota del propio Barreda, de 1963.

La Nave, 1916. Dirigida por Pablo Martínez del Río, número único. La Presentación en las RLMM es una nota de Francisco Monterde, de 1963.

Pegaso. Revista ilustrada, 1917, dirigida por Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde, publicó quince números. En las RLMM, 1997, lleva una pequeña

presentación no firmada. En 1980 se publicaron cinco números adicionales, que se desconocían

San-Ev-Ank, Revista semanaria estudiantil, 1918. Director técnico: Luis Enrique Erro. Administrador: Octavio G. Barreda. La Presentación en las RLMM lleva texto de Octavio G. Barreda, de 1963, y una nota nueva no firmada sobre “Los seudónimos” en esta “travesura juvenil”, esta publicación de “tono festivo”. El título extraño de la revista *San-Ev-Ank*, debió ser un chiste privado de Barreda y sus amigos.

Revista Nueva, 1919. En las RLMM se acompaña de una breve nota anónima.

México Moderno, Revista mensual de letras y arte, 1920-1923, dirigida por Enrique González Martínez, y después Manuel Toussaint y Agustín Loera y Chávez. Redactores: Vicente Lombardo Toledano, Pedro Henríquez Ureña, Manuel Gómez Morín, Manuel Toussaint,

Daniel Cosío Villegas y José Gorostiza. Los dos tomos de *México Moderno* en las RLMM llevan una presentación con un fragmento de Francisco Monterde, de 1963 (del libro sobre *Las revistas literarias de México*, editado por el INBA) y un texto nuevo de cuatro páginas que no lleva firma. Hay que preguntarle a Adolfo Castañón si es de él.

El Maestro, Revista de cultura nacional, 1921-1923. Directores: Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez, Universidad Nacional. La presentación en la serie de las RLMM lleva fragmentos de Francisco Monterde, de 1963, y de José Joaquín Blanco, de su *Se llamaba Vasconcelos*, editada por el Fondo en 1977.

El Libro y el Pueblo, 1922-1935, 1941. Esta publicación creo que no quedó incluida en la serie de las RLMM.

Vida Mexicana, Revista mensual de ideas sobre asuntos de interés, 1922-1923. Cuerpo

directivo: Daniel Cosío Villegas, Vicente Lombardo Toledano, Salomón de la Selva, Eduardo Villaseñor, Enrique Delhumeau. Librería y Papelería “CVLTVRA”. Dos números fue director Alfonso Caso. En las RLMM (1981) la presentación está compuesta por un texto de Salvador Novo (una carta a Merlin H. Forster del 28 de marzo de 1960) y una nota anónima.

La Falange, Revista de cultura latina, 1922-1923. Directores Jaime Torres Bodet y Bernardo Ortiz de Montellano. La Presentación en las RLMM es del propio Jaime Torres Bodet, de sus memorias, *Tiempo de arena*, 1955.

Antena. Revista mensual, 1924. Director: Francisco Monterde García Icazbalceta. Presentación en las RLMM de Francisco Monterde.

Forma. Revista de Artes Plásticas. Pintura, Grabado, Escultura, Arquitectura, Expresiones populares, 1926-1928. Director: Gabriel Fernández Ledesma, Censor: Salvador Novo. La

presentación en las RLMM es de Porfirio Martínez Peñalosa, diciembre de 1981.

Ulises, Revista de curiosidad y crítica, 1927-1928. Editores: Salvador Novo y Xavier Villaurrutia. En las RLMM lleva una breve presentación anónima.

Contemporáneos, Revista mexicana de cultura, 1928-1931. Editores: Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano y Enrique González Rojo. La presentación de los seis tomos de *Contemporáneos* en las RLMM tiene lxxiv pp., constituido por una antología de textos de 54 autores, de Xavier Villaurrutia a Guillermo Sheridan, "Selección de J.L.M." Después se publicarían antologías del tipo *Los Contemporáneos ante la crítica*.

Escala. Letras, Notas, Líneas, 1930. Director: Celestino Gorostiza. La presentación en las RLMM es una breve nota anónima.

Examen, Revista mensual de literatura, 1932. Director: Jorge Cuesta. Firma la presentación M.F.P., Manuel Fernández Perera. Incluye en los dos primeros números fragmentos de la novela *Cariátide* de Rubén Salazar Mallén, por la que el autor y director fueron procesados por “ultraje a la moral pública o a las buenas costumbres”, y en el tercero la respuesta de Jorge Cuesta, “La política de la moral y la política de altura”.

Alcancía, 1933. Impresores: Justino Fernández y Edmundo O’Gorman. La presentación es de Justino Fernández. Incluye una lista de las obras publicadas por la revista *Alcancía*, no incluidas en la serie facsimilar. La colección reproducida pertenece al doctor Edmundo O’Gorman.

Fábula, 1934. Editores: Alejandro Gómez Arias y Miguel N. Lira. Presentaciones de Raúl Arreola Cortés y Manuel González Ramírez. Incluye una lista de las obras publicadas por *Fábula*.

Bandera de Provincias. Quincenal de cultura, 1929-1930. Director: Alfonso Gutiérrez Hermosillo, Gerente: Agustín Yáñez. La Presentación es de Emmanuel Palacios, 1963.

Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes, 1930-1937. Presentación con textos de José Gorostiza, 1969, y una nota anónima.

Nuestro México. Un magazine exclusivamente mexicano, México D.F. 1932. Director: Armando Vargas de la Maza. Gerente: Manuel Ramírez Olmedo. Presentación anónima. (“La colección reproducida pertenece a Guillermo Tovar y de Teresa”.)

Número. Revista literaria de Guillermo Jiménez, 1933-1935. La presentación es una nota anónima.

Barandal. Revista mensual, 1931 y 1932. Editores: Rafael López M., Salvador Toscano, Octavio Paz L. y Arnulfo Martínez Lavalle. Presentación en las RLMM con textos de Rafael

Solana, de 1963, Octavio Paz, 1978, Klaus Müller-Bergh, de 1979. Continuada por: *Cuadernos del Valle de México*, 1933 y 1934. Editores: Rafael López Malo, Octavio Paz Lozano, Salvador Toscano y José Alvarado. En las RLMM lleva una breve Presentación anónima. Continuada por:

Taller Poético, 1936-1938. Lo dirigen Rafael Solana y Miguel N. Lira. Continuada por: *Taller, Poesía y crítica. Revista mensual*, 1938-1941. Responsables: Octavio Paz, Rafael Solana, Efraín Huerta y Alberto Quintero Álvarez. La presentación de los dos tomos de *Taller* en las RLMM está compuesta por texto de José Luis Martínez de 1949, uno de Frank Dauster, 1956, de Octavio Paz, de 1957, de Boyd G. Carter, 1959, Rafael Solana, 1963, Carlos Monsiváis, 1966, la carta de Octavio Paz a José Emilio Pacheco, en el "Inventario" de JEP del 30 de mayo de 1976, de Klaus Müller-Bergh, 1979, de JLM, 1980, y de Octavio Paz, de 1981.

Poesía, Revista literaria de Nefalí Beltrán, 1938. Esta revista y *Taller Poético*, forman un volumen de la colección RLMM, con un texto del propio Rafael Solana, de 1963, sobre las revistas literarias *Barandal, Taller Poético, Taller y Tierra Nueva*.

Ruta, Revista mensual de literatura, 1938 y 1939. Director: José Mancisidor. La Presentación en las RLMM de los dos tomos de *Ruta* es una breve nota anónima.

Revista de Literatura Mexicana, 1940. Director: Antonio Castro Leal. En las RLMM la presentación es anónima.

Letras de México. Gaceta literaria y artística, 1937-1947. Editada por Octavio G. Barreda. Directores en diversas épocas: Rafael Solana, Bernardo Ortiz de Montellano, José Luis Martínez, Alí Chumacero y Ermilo Abreu Gómez. La Presentación en las RLMM es un texto extenso de José G. Barreda, de 1963, y textos breves de Ce-

lestino Gorostiza, de 1964, de Boyd G. Carter, de 1959, y José Luis Martínez, 1961.

Tierra Nueva. Revista de letras universitarias, 1940-1942. Responsables: Jorge González Durán, José Luis Martínez, Alí Chumacero y Leopoldo Zea. Los tomos de la RLMM incluyen una presentación con textos de José Luis Martínez, de 1949 y de 1961, Frank Dauster, de 1956, Rafael Solana, de 1963, y Carlos Monsiváis, de 1966.

Rueca, 1941-1943. La editan: Carmen Toscano, María Ramona Rey, Pina Juárez Frausto, Ernestina de Champourcin, Emma Sarro y Laura Elena Alemán. La presentación de los tres tomos de *Rueca* en las RLMM está compuesta por un fragmento de un texto de Carmen Toscano, de la publicación de 1963.

El Hijo Pródigo. Revista literaria, 1943-1946. Editor: Octavio G. Barreda. Editores (en diferentes periodos): Octavio Paz, Antonio

Sánchez Barbudo, Alí Chumacero, Isaac Rojas Rosillo, Xavier Villaurrutia, José Luis Martínez, Rafael Solana y Leopoldo Zea. La presentación de los siete tomos de *El Hijo Pródigo* en la colección de RLMM incluye varios textos de interés; una carta de José Bergamín a Octavio Barreda, Xavier Villaurrutia, Octavio Paz, Alí Chumacero y Antonio Sánchez Barbudo, del 10 de enero de 1944, textos de José Luis Martínez, de 1949, de Octavio G. Barreda, de 1963, de Boyd G. Carter, de 1968, una carta de Octavio Paz a José Emilio Pacheco, del 30 de mayo de 1976, textos de Octavio Paz y de Adolfo Castañón, de 1978 ambos, y de Francisco Caudet, de 1979.

Eos. Revista jalisciense de cultura, 1943 y 1944, editada por A. Rivas Sainz y Juan José Arreola. Comienza el facsímil con el primer cuento de Arreola, “Hizo el bien mientras vivió”, que tanto impresionó a mi padre, que no estaba

seguro si este Juan José Arreola era el mismo Juanito con el que había jugado en la escuela en el Colegio de Zapotlán el Grande. Continuada por: *Pan. Revista de literatura*, 1945-1946, editada en Guadalajara por Juan José Arreola y Antonio Alatorre, siete números. Estas dos revistas, editadas juntas en la serie de RLMM, con un prólogo especialmente escrito por el propio Juan José Arreola, “De memoria y olvido”, 17 de julio de 1985.

Allí se tuvo que detener mi padre al salir del Fondo en 1982, y varias revistas quedaron sin publicarse: *Ultramar* (1947), *Presencia* (1948-1950), *Clavileño* (1948), *Medio Siglo* (1952-1958), *Revista Mexicana de Literatura* (1955-1965) y *El Espectador* (1959-1965). Lástima que su sucesor en el Fondo, el escritor Jaime García Terrés (1924-1996), no quisiera continuar esta labor de transmisión de la literatura mexicana día a día.

Como puede verse, la edición de los cuarenta y tantos tomos de las **Revistas Literarias Mexicanas Modernas** constituye no sólo una magna antología de las mejores revistas literarias mexicanas de la primera mitad del siglo XX, sino también una edición y antología de la crítica sobre cada una de estas revistas. Y la elaboración de índices de cada número y de autores, por tomo y recapitulando en el tomo final los varios tomos de las revistas más largas, permite hacer más de un descubrimiento. La reedición digital de la serie **Revistas Literarias Mexicanas Modernas** que publicó el Fondo de Cultura Económica en ocasión del centenario del nacimiento de José Luis Martínez, es un motivo de fiesta para que se difunda y sobreviva un rato más este esfuerzo cultural tan notable. Al mismo tiempo me entra el temor bien fundado que entrañan todas las ediciones digitales, que ahora una institución fi-



nancia que esté disponible en la red, y llega una nueva administración que no lo quiere subir o se le olvida, o los programas se hacen obsoletos. Así ha pasado con varias ediciones digitales que, sencillamente, han desaparecido. En este caso, la antigua edición en papel es un respaldo valioso de este importante acervo literario y cultural, pues puede suponerse que está en varias bibliotecas públicas y privadas. Ojalá se pudiera ver el modo de garantizar cierta permanencia de los bienes culturales que sólo existen en internet, y siempre pueden dejar de existir, como es de temerse que suceda.





RESPUESTA
DE
ASCENSIÓN HERNÁNDEZ TRIVIÑO





Hoy celebramos con júbilo la entrada a la Academia Mexicana de la Lengua de Rodrigo Martínez Baracs. Llega a esta Academia como reconocido historiador, siempre atento al valor de la lengua en la tarea de escribir la historia y en cualquier otra disciplina del conocimiento. Buen conocedor de varias lenguas modernas, desde su juventud está entregado al estudio de dos lenguas mesoamericanas, el náhuatl y el tarasco o purépecha, lenguas en las que ha hecho aportaciones como filólogo. Queda clara su presencia en esta Academia, en la que todos sus miembros, aunque se ocupan de disciplinas

variadas, se preocupan por dar a sus trabajos claridad en la frase y belleza en la expresión. Por todo ello, Rodrigo es profesor investigador de alto nivel en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y miembro de Sistema Nacional de Investigadores.

Rodrigo nació en la ciudad de México un viernes, 8 de octubre de 1954, dice él en su currículum. Para entonces, su padre era ya un crítico literario famoso, reconocido y visitado por miembros de la comunidad académica. Por eso, el niño Rodrigo, desde pequeño conoció a personalidades de prestigio que iban a visitar a su padre, como Margit Frenk, Antonio Alatorre, Alí Chumacero, Margo Glantz, Felipe Garrido, Adolfo Castañón y Jaime Labastida. Desde pequeño, además, a los cuatro años, lo mandaron al Mexico City School para que escuchara nuevos sonidos y nuevas palabras de una lengua que se imponía ya a nivel mundial.



El joven Rodrigo pronto conoció otros países ya que su padre fue nombrado embajador en Perú y después en la UNESCO y en Grecia. Como tantos hijos de diplomáticos se formó en gran parte en los liceos franceses de las ciudades donde vivió. Este modelo de educación, además de proporcionar a los niños el conocimiento de una lengua, el francés, como si fuera materna, suponía una continuidad en la formación ante los cambios de ciudad. Pero además, en el liceo se aprendía inglés e inclusive había clases de latín. Me consta que Rodrigo, ya en México, amplió los conocimientos en esta lengua más tarde, en 1991, cuando ya era profesor en la ENAH.



La apertura que Rodrigo tuvo en su niñez y en su juventud a pueblos, lenguas y culturas favoreció su espíritu libre y abierto a muchas disciplinas, lo cual, en una etapa determinada de la vida puede ser poco práctico, pero sin duda es muy enriquecedor. Y así, a los 18 años, en

la plenitud de su juventud, Rodrigo se inscribió en la Facultad de Economía en la Universidad de París I donde cursó los dos primeros años. Regresó a México y volvió a cursar la misma carrera en la UNAM en la que se tituló con una tesis sobre *La evolución cuantitativa de la población y de la producción de la plata en Nueva España*, 1982. El título de la tesis dice mucho: Rodrigo no estuvo ajeno al pensamiento de la época y eligió un tema de historia económica y cuantitativa, muy del gusto de la escuela francesa de los Annales, pero también muy del gusto de la juventud de aquella época, empapada de teorías sobre sociología y economía, llena de inquietudes y envuelta en el oleaje del 68.

Con el tiempo, los intereses de Rodrigo cambiaron y puso su mirada en otros temas, concretamente en la mariología. Durante los años noventa hizo estudios de mariología y cursó la maestría en la Universidad Metropolitana



Iztapalapa. Eligió como tema de tesis una investigación sobre *Los orígenes del culto a Nuestra Señora de Ocotlán, Tlaxcala*, que redactó siendo ya maestro en la ENAH y que presentó en 1997. Pero no paró ahí su búsqueda y para el doctorado se dejó seducir por un tema que ya venía cultivando en trabajos breves, la historia de Michoacán: *El gobierno indio y español de la Ciudad de Mechuacan*. Tal es el título de su tesis presentada en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 2002, ganadora del premio INAH.



Estas dos tesis representan la culminación de los intereses que Rodrigo desarrolló en su juventud y que fueron madurando con los años. Por una parte, él es un gran conocedor de la mariología mexicana y a su estudio ha dedicado muchas publicaciones, especialmente sobre el culto y la historia surgida alrededor de la Virgen de Guadalupe. Sobre esta virgen, que es una de

las columnas de la identidad del país —se puede ser ateo y guadalupano sin que se vea feo— Rodrigo ha publicado muchos trabajos. Suyas son acuciosas investigaciones sobre los orígenes del Tepeyac como espacio donde se asentó el culto y la primitiva ermita, las tierras de un encomendero extremeño. Posteriormente se adentró en el texto del *Nican mopohua*, en su elaboración y en la extensa historiografía generada alrededor de él, dentro de la cual se pueden ver las batallas entre aparicionistas y antiaparicionistas, muy del gusto de tiempos pasados.

El tema de su tesis de doctorado, la historia de Michoacán, es una de las pasiones de su vida. No es difícil enamorarse de Michoacán y de su historia por la personalidad lingüística y cultural de este antiguo reino de Mesoamérica. Rodrigo fijó su mirada en él, en su historia colonial, en su lengua y en sus pensadores y colaboró con varios capítulos en la *Historia general*

de Michoacán dirigida por Enrique Florescano y Marta Terán, 1990. A este primer trabajo siguieron otros sobre fray Jerónimo de Alcalá, sobre el magno *Vocabulario de la lengua de Michuacan*, 1558, de Maturino Gilberti, el primero bidireccional del Nuevo Mundo y produjo la gran obra sobre la historia del siglo XVI en *Convivencia y utopía. El gobierno indio y español en el siglo XVI*, 2005, libro de casi 500 páginas publicado por el Fondo de Cultura Económica que abarca un siglo de la vida del pueblo purépecha, los cambios sociales y las transformaciones en el nuevo orden novohispano. El amor por Michoacán es profundo, no se acaba. Rodrigo viaja una vez al mes a Pátzcuaro para convivir con el grupo Kwanis. Estudiosos del Pueblo Purépecha. Es más, tiene una casa en Erongarícuaro, un pueblo muy bello en la orilla del lago de Pátzcuaro. Quién sabe si el agua tranquila del lago y el cielo azul michoaca-

no le inspiran y le dan fuerza para publicar tanto y tan bien hecho.

La Conquista es otro de sus temas favoritos en el que ha hecho importantes aportaciones. Sus primeros trabajos versan sobre “Sobre los inicios de la colonización”, 1990, y forman parte de la *Historia general de Michoacán* ya comentada. Dueño ya de un saber sobre el tema, Rodrigo publicó en 1992 un capítulo sobre la conquista de México en un libro que lleva un título muy atrayente, *Un mundo jamás imaginado*, publicado en Bogotá por la Editorial Santillana, 1992. En aquel año, se vivía un gran debate sobre el Quinto Centenario de la llegada de Colón a tierras americanas. Fue también el año en el que su padre nos acababa de sorprender con una magna obra sobre Cortés, publicada en 1990, lo mejor y más grande que se ha hecho sobre este



personaje de la historia. A partir de aquellos trabajos, Rodrigo profundizó en la Conquista con varios trabajos sobre mujeres, uno sobre Isabel de Moctezuma, Tecuichpo (c. 1510-1550) y otro sobre María Estrada, (c. 1486 - c. 1548), la sevillana que estuvo en la conquista y después fundó una familia en la ciudad de México.

Sin duda estos trabajos le permitieron adentrarse en los pormenores de la Conquista y acercarse a la figura de Hernán Cortés buscando nuevos datos para dar luz a una época de un gran cambio histórico y de los personajes que lo hicieron posible. Rodrigo se fijó en la figura del conquistador Juan Cano de Saavedra (1502-1572) como historiador de los hechos que vivió. A él dedicó un gran libro *La perdida relación de la Nueva España y de su Conquista* que publicó en 2006, libro que ganó el premio Edmundo O' Gorman del INAH. Es un libro de enorme interés no sólo por su contenido sino también por



el método que Rodrigo utilizó para elaborarlo. Su meta era rescatar un texto histórico perdido escrito por un soldado de la conquista, el ya citado Juan Cano, que se hizo famoso, ante todo, por haber sido marido de Isabel de Moctezuma, Tecuichpo, hija del tlatoani mexica y generadora del linaje de los Cano Moctezuma.¹ Cano llegó a la Nueva España en la expedición de Narváez y, como sus compañeros, se unió a las tropas de Cortés y participó en la conquista de Tenochtitlan. Después de su matrimonio con Tecuichpo, aunque no era de los favoritos de Cortés, fue ganando poder en medio de un ambiente de conflictos por tierras, solares y riqueza, ambiente que Rodrigo retrata muy bien en su obra. Con el tiempo, la familia llegó a tener varias enco-

¹ Sobre Tecuichpo vale recordar que Cano fue su quinto marido. De joven la casaron con Cuitláhuac y al morir éste, con Cuauhtémoc. Después tuvo una hija con Cortés y el conquistador la casó con Alonso de Grado, quien murió pronto y al morir éste, con Pedro Gallego y finalmente con Juan Cano.



miendas y se trasladó a Cáceres, donde dejó el linaje de los Cano Moctezuma importante en la historia de Extremadura. A Rodrigo siempre le atrajo la *Perdida relación* de Cano como un documento importante en la descripción de los hechos históricos contados por un protagonista y esperó la ocasión de emprender una búsqueda intensa del escrito. La ocasión se presentó al publicarse completa la *Relación de la Nueva España* del famoso oidor Alonso de Zorita, (1512-1585), obra extensa, terminada en 1584, que nunca había sido publicada completa hasta que por fin salió a la luz en 1999.² La obra



² Zorita se formó en Salamanca y en la Universidad de México. Tuvo cargos importantes en la administración virreinal de la Nueva España y Nueva Granada. Le tocó aplicar las Leyes nuevas de 1542 y participó en la implementación del nuevo orden jurídico y administrativo de las tierras americanas. Además de un *Cedulario*, su obra más conocida es la *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*, que es un resumen de su gran obra, la *Relación de la Nueva España*. Ésta no fue publicada completa hasta 1999 por Conaculta, con prólogo de Ethelia Ruiz Medrano *et al.*

de Zorita recoge datos históricos de las muchas fuentes que utilizó y cita párrafos enteros de la *Relación* de Juan Cano. Este hecho animó a Rodrigo a la búsqueda intensa de los fragmentos de Juan Cano y una vez localizados, identificarlos bien y darles una secuencia y un significado. El resultado es un trabajo de reconstrucción documental de gran importancia para la filología y la historia comparable a reconstruir una pirámide, una catedral o un simple tecomate de barro que puede darnos un dato de suma importancia. En el caso de Rodrigo la reconstrucción de la *Perdida relación* de Juan Cano nos aporta datos para un mejor conocimiento de la Conquista y de la posterior reorganización de la vida novohispana.

Mientras elaboraba su trabajo sobre Juan Cano, Rodrigo encontró y publicó el primer documento conocido escrito en México por los conquistadores españoles que es un pedimento ante la Corona firmado por el procurador

Francisco Álvarez Chico en la Villa Rica de la Veracruz el 20 de junio de 1519, es decir 28 días después de la fundación de Veracruz.³ Su amor por los temas relacionados con la Conquista es uno de los ejes de su investigación; la Conquista considerada como un hecho histórico de dimensiones universales, de significación global, un verdadero “Encuentro de dos mundos”. Esta idea aparece en sus trabajos, que no son pocos, incluyendo capítulos de libros entre los cuales recordaré dos de fecha reciente: “Veracruz en la conquista de México”, 2015, y “Actualidad de Hernán Cortes”, 2016.⁴ Y también aparece esta idea en su trabajo cotidiano; en particular, en el año de 2019 actuó como un pregonero, de

³ Publicado en *Historias*. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, núm. 60, 2005, pp. 113-123

⁴ El primero incluido en el libro *El Veracruz de Hernán Cortés*, Juan Ortiz Escamilla *et al.*, Universidad Veracruzana, 2015, pp. 85-240. El segundo, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid y Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2016, pp. 263-278.

ciudad en ciudad, en conferencias, congresos y entrevistas haciendo el papel de cronista de alta divulgación de este tema, del cual es maestro.

En fin, muchos son los intereses de Rodrigo y no es el momento de recordarlos todos pues están en su currículum. Pero sí hay que hablar un poco de un interés muy caro para él, el de la literatura epistolar; Rodrigo es uno de los investigadores que más han profundizado en este tema. Su interés aparece con fuerza en 2005 en un artículo sobre “La correspondencia de Joaquín García Icazbalceta con Manuel Remón Zarco del Valle”.⁵ Es un artículo breve en el que Rodrigo explora las redes académicas de la segunda mitad del siglo XIX y que abrió la luz al estudio de la figura de don Joaquín en relación con dos grandes bibliógrafos del momento: el español Zarco del Valle (1833-1922) y el fran-

⁵ Publicado en *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Histórico del INAH*, núm. 61, 2005, pp. 43-52.

cés asentado en los Estados Unidos, Henry Harrisse (1829-1910). Culminación de este interés es su libro *Entre sabios. Joaquín García Icazbalceta y Henry Harrisse. Epistolario 1865-1878*, elaborado con su colega Emma Rivas Mata y publicado por el INAH en 2016. La obra reúne las cartas entre estos dos eruditos del XIX que descubrían sin cesar manuscritos y libros y que se escribían dando cuantiosas noticias sobre cada libro y su mundo. En el libro se crea una red de bibliógrafos y bibliófilos que, a su vez, son profundos historiadores y que vivieron para investigar el valor del libro y de lo que en él se guarda, una enorme cantidad de datos de la historia y del quehacer humano, de la intimidad, del mundo interior, de aquellos que en la soledad y el sosiego de las bibliotecas les gusta leer lo que otros pensaron de su mundo. Creo que nadie podría hacer esto ahora, ni siquiera a través de las redes instantáneas de que disponemos,

y, en el remoto caso de que pudiéramos, poco sacaríamos, pues las cartas de ahora son casi telegramas. En cambio las de don Joaquín y sus amigos son sustanciosas y ricas en datos y sirven para reconstruir una realidad histórica completa. En fin, Rodrigo ha editado otros repertorios de cartas como las de su padre con Alfonso Reyes.

En este capítulo de literatura epistolar no resisto a recordar un estudio de Rodrigo sobre la *Breve y mas compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana*, mandada hacer por el arzobispo Zumárraga, considerada el primer libro impreso en México y, por lo tanto, en el Nuevo Mundo.⁶ Tal doctrina aparece como primer impreso en la famosa *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, 1886, de Joaquín Gar-

⁶ Recogido en el libro del propio Rodrigo, *El largo descubrimiento del Opera medicinalia de Francisco Bravo*, México, Fondo de Cultura Económica y Conaculta, 2014.

cía Icazbalceta, *Bibliografía* no superada. Como otros muchos historiadores, Rodrigo se fijó en la polémica existente acerca de tal impreso, ya que no se conocen ejemplares y emprendió una pesquisa acerca de ella que bien pudiera haberla hecho un detective diseñado por Agatha Christie (1890-1976). Recuerda él que la primera vez que sale citada la *Doctrina* es en las *Cartas de Indias* que se publicaron en Madrid en 1877 por un grupo de conocidos académicos de la Real Academia de la Historia. Las cartas son un excelente corpus de literatura epistolar, pues contienen una selección de escritos de personajes conocidos en la administración española en Indias, además de gobernantes indígenas de los Virreinos de la Nueva España, Perú y Río de la Plata. Pronto llegó el libro a las manos de don Joaquín que estaba preparando su magna bibliografía y quedó petrificado, pues nunca había oído hablar de tal impreso. Inmediatamente escribió

a sus amigos españoles, Manuel Remón, Francisco González de Vera, José Sancho Rayón y hasta el dramaturgo Manuel Tamayo y Baus, amigos con los que él mantenía correspondencia habitual para que le enviaran manuscritos e impresos mexicanos. Entre otras muchas cosas, González de Vera le había enviado las *Relaciones geográficas* que hoy están en la Latin American Collection de Austin. Don Joaquín confiaba mucho en ellos.⁷

El tiempo pasaba, nadie respondía y don Joaquín suplicaba, mientras su *Bibliografía* dormía; no podía mandar a la imprenta su magno libro sobre impresos del siglo XVI ya que no tenía seguridad de la existencia de la *Doctrina*

⁷ Todos ellos eran figuras reconocidas del mundo académico. Remón era bibliotecario del Palacio Real y autor de un *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, 1863; González de Vera era jefe del Archivo de Alcalá de Henares; José Sancho Rayón, bibliógrafo reconocido y Tamayo y Baus dramaturgo famoso y miembro de la Academia de la Lengua.

mandada hacer por Zumárraga. Recibía cartas de sus amigos pero ellos eludían la pregunta. Es más, en una de las cartas, Zarco del Valle le decía que Sancho Rayón le mandaría el dato pero lo que mandó fue una edición recién hecha por él del *Códice Osuna*. Finalmente, con gran incertidumbre, don Joaquín mandó a la imprenta su libro con la *Doctrina* como primer impreso, en 1886. Y así quedó para la posteridad. Después de hacer esta pesquisa que ahora resumo pero que es larga, Rodrigo se pregunta: ¿existió realmente la *Breve y más compendiosa Doctrina*? No, dice,

no existió. Fue una *burla bibliográfica*, un invento de sus amigos de la *Cofradía madrileña* que desencaminó a García Icazbalceta y sigue desencaminando a los historiadores mexicanos de todo el mundo.

El relato de Rodrigo es delicioso y muestra la pasión por los libros de los bibliógrafos.

Con estas palabras termino su semblanza, muy reducida pues sus intereses tienen una dimensión muy grande: cuenta con un trabajo docente de muchos años, organiza, prepara congresos, publica sin cesar y es invitado con frecuencia a ser jurado de premios y reconocimientos. Pero hay que terminar y quiero decir dos o tres palabras acerca del discurso que hoy nos ha ofrecido.

Para su primer discurso en esta Academia Rodrigo preparó una bella semblanza de su padre a la que tituló, *José Luis Martínez, editor*. Es un tema muy apropiado, ya que don José Luis fue un investigador incansable que publicó mucho y bueno. Pero el título no dice todo lo que en él se contiene porque José Luis fue mucho más que editor. Tal vez, su hijo, atrapado por la modes-

tía, no quiso poner un título en el que resaltaran las cualidades de su padre como crítico literario y ensayista, además de gran historiador; porque José Luis, a lo largo de su vida, fue ensanchando su campo de estudio y modelando su pluma, hasta llegar a ser un humanista literato. En fin, si recordamos la “teoría del punto de vista” de José Ortega y Gasset, la elección de Rodrigo es la correcta.⁸ Y en esta ocasión el punto de vista es la edición. Cuenta Rodrigo que su amor por los libros le nació en su niñez cuando su abuelo, el doctor Juan Martínez, le llevaba a visitar al cura de Amacueca y el niño se extasiaba viendo una edición antigua del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz de 1703. Después, como estudiante en Guadalajara el joven José Luis se inició

⁸ El ensayo de Ortega y Gasset se titula “La doctrina del punto de vista” y está incluido en *El tema de nuestro tiempo*; fue publicado en 1923 y recogido en sus *Obras completas*, 6^a ed., Madrid, Revista de Occidente, 1964, v. 4.

como crítico con un poema de un autor francés. Ya en la ciudad de México, se hizo amigo de Alí Chumacero y ambos copiaron a mano el *Romancero gitano* de García Lorca, una empresa en la que es de suponer disfrutaron mucho, porque no es lo mismo leer que escribir. Cuando copias, lees y lees, separas las palabras y entras en su significado hasta lograr ver la frase con la belleza que le vas poniendo.

No es extraño que pronto José Luis fundara una revista, *Tierra Nueva*, 1940 a los 22 años y sacara una antología de poetas consagrados *Narciso. Poesía mexicana moderna*. En realidad, el amor por las revistas literarias y las antologías le acompañó toda la vida. Su pluma y su estilo le llevaron pronto a la Secretaría de Educación como secretario de Jaime Torres Bodet. Allí ayudó mucho en la redacción de la *Cartilla moral* y preparó una estupenda colección, la Biblioteca Enciclopédica Popular, que

se vendía a 25 centavos el ejemplar, literatura buena, bonita y barata. Además dirigió la famosa obra *México en la cultura*, 1946, obra de mil páginas con trabajos de grandes especialistas mexicanos.

Cuenta Rodrigo que los años que se desempeñó su padre como secretario del Colegio Nacional tuvo una actividad incesante. Editó cinco tomos de las *Obras Completas* de Justo Sierra y algo muy importante: publicó su primer libro al que tituló *Literatura mexicana del siglo XX*, 1949, 2 v. En él manifestó a la comunidad académica su calidad de crítico literario. Y fue elegido miembro de la Academia de la Lengua en 1960. Allí organizó el Centenario en 1975 y editó las primeras *Memorias* en edición facsimilar, además de editar un libro muy necesario, *Semblanzas de académicos*. Pasó el tiempo y José Luis siguió unido a la literatura y al ensayo dondequiera que estaba: Lima, París, Grecia.

Al regresar a México organizó la Olimpiada Cultural de 1968 y poco después preparó una antología de escritores jóvenes, *Nueva novela, nueva sensibilidad*, 1968, en la que daba voz a literatos jóvenes.

Un momento importante en la vida de don José Luis es cuando, en plena madurez, dirige su mirada a la historia. Sin dejar la literatura, su primer amor, al volver de Atenas ofreció a la SEP unas lecturas para jóvenes al modo de las que había hecho Vasconcelos. No era su primer trabajo histórico pues ya antes había elaborado dos libros sobre Nezahualcóyotl, 1972, que fueron muy bien recibidos. Pero ahora él proyectaba un trabajo amplio e intenso: seis volúmenes ilustrados con preciosos mapas sobre las culturas originarias al cual llamó *Panorama cultural. El mundo antiguo*. En los volúmenes, cada cultura adquiere su espacio, su tiempo y su identidad. En opinión de Rodrigo “ésta fue

una de las obras más bellas y que más apreció mi padre”. Para mí fue una revelación leer una *qasída* amorosa de tiempos anteriores a Mahoma o unas novelas de dos escritoras japonesas de fines del siglo X y principios del XI, Sei Shonagon y Murasaki Shikibu. La lectura de los volúmenes de don José Luis nos transporta a muchas culturas y nos muestra las grandes creaciones de la humanidad.

En dos obras más quiero fijarme, ambas sobre personajes de interés universal. Una es la dedicada a la *Historia general* de fray Bernardino de Sahagún titulada *El México antiguo*. La otra es sobre Hernán Cortés, publicada en 1990 como una aportación al V Centenario. La vida del conquistador y los cuatro volúmenes de documentos cortesianos que la acompañan son un monumento al trascurrir histórico universal. Es una historia al modo clásico, en duración media, en la que el protagonista aparece con sus cualidades y de-

fectos. El libro, hecho con riguroso apego a las fuentes, está redactado con toda la belleza literaria que José Luis ponía en sus escritos

En fin, la historia fue su segundo amor, un amor que convivió con la literatura. Rodrigo recuerda que su relación con Alfonso Reyes fue muy fructífera y años después también lo fue con Octavio Paz.⁹ Y siempre estuvo pendiente de las revistas. Entre los años de 1980 y 1986 publicó un cúmulo de facsímiles de revistas literarias mexicanas modernas, un corpus que recoge la producción de la primera mitad del siglo XX. Para José Luis —dice Rodrigo— las revistas tenían una importancia especial porque ellas “dan el pulso vivo de la literatura mexicana”.

⁹ Con Alfonso Reyes se escribió mucho. Ahí están sus cartas. Con Octavio Paz, José Luis le publicó una edición especial del *Laberinto de la soledad*, 1981.



Termino estas palabras felicitando a Rodrigo por este discurso lleno de recuerdos en los que se guarda la sabiduría de su padre y su quehacer intenso y sostenido todos los días de su vida. José Luis fue además un enamorado de los libros no sólo como depósitos de la creación sino también como objetos de arte. Por eso en la FIL el premio al bibliófilo lleva su nombre.

Bienvenido, Rodrigo y que trabajes en la Academia muchos, muchos años. Felicidades.





José Luis Martínez, editor, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM, se terminó de imprimir el 2 de febrero de 2021, en los talleres de Amy Soluciones Gráficas, S. A. de C. V., Corregidora núm. 79 colonia Santa Anita, alcaldía Iztacalco, C. P. 08300, Ciudad de México. Para su composición se utilizaron tipos ITC New Baskerville de 11/15.6 pts. El tiro consta de 250 ejemplares. Impresión digital. Interiores en Bond blanco de 90 gramos y forros en Clásico Granito Mármol de 210 gramos. Formación: María Dolores Rodríguez Trejo. Lectura: Judith Díaz. Cuidado editorial: Patricia Zama. Coordinación: Elsa Botello López.

